

The illustration depicts a vibrant scene at a swimming spot. In the upper right, a white house with a red-tiled roof sits on a grassy hill. Below it, a rocky outcrop features several people in swimwear: one person is performing a handstand, another is flexing their muscles, and a third is lying on their back. In the center, a woman in a white swimsuit stands on a rock with her hands on her hips. To her left, a man is sitting in the water. In the foreground, a woman is lying on a rock, and another person is sitting on the water's edge. The water is rendered with blue and white wavy lines, suggesting movement and light reflection. The overall style is a bold, graphic illustration with a limited color palette of reds, oranges, greens, and blues.

Pedro Echánove Errazti

A LA SOMBRA DE LA PEÑA PELADA PEÑA

Ilustraciones de
Carmen Mocholi

PEDRO ECHÁNOVE ERRAZTI
Ediciones Tantín
Ilustraciones: Carmen Mocholi

I.S.B.N.: 84-95054-48-5

Depósito legal: SA-45-2001

Imprime: **América** Grafipnnt. Virgen de la Paloma, 3 • Santander

A LA SOMBRA DE LA PEÑA PELADA

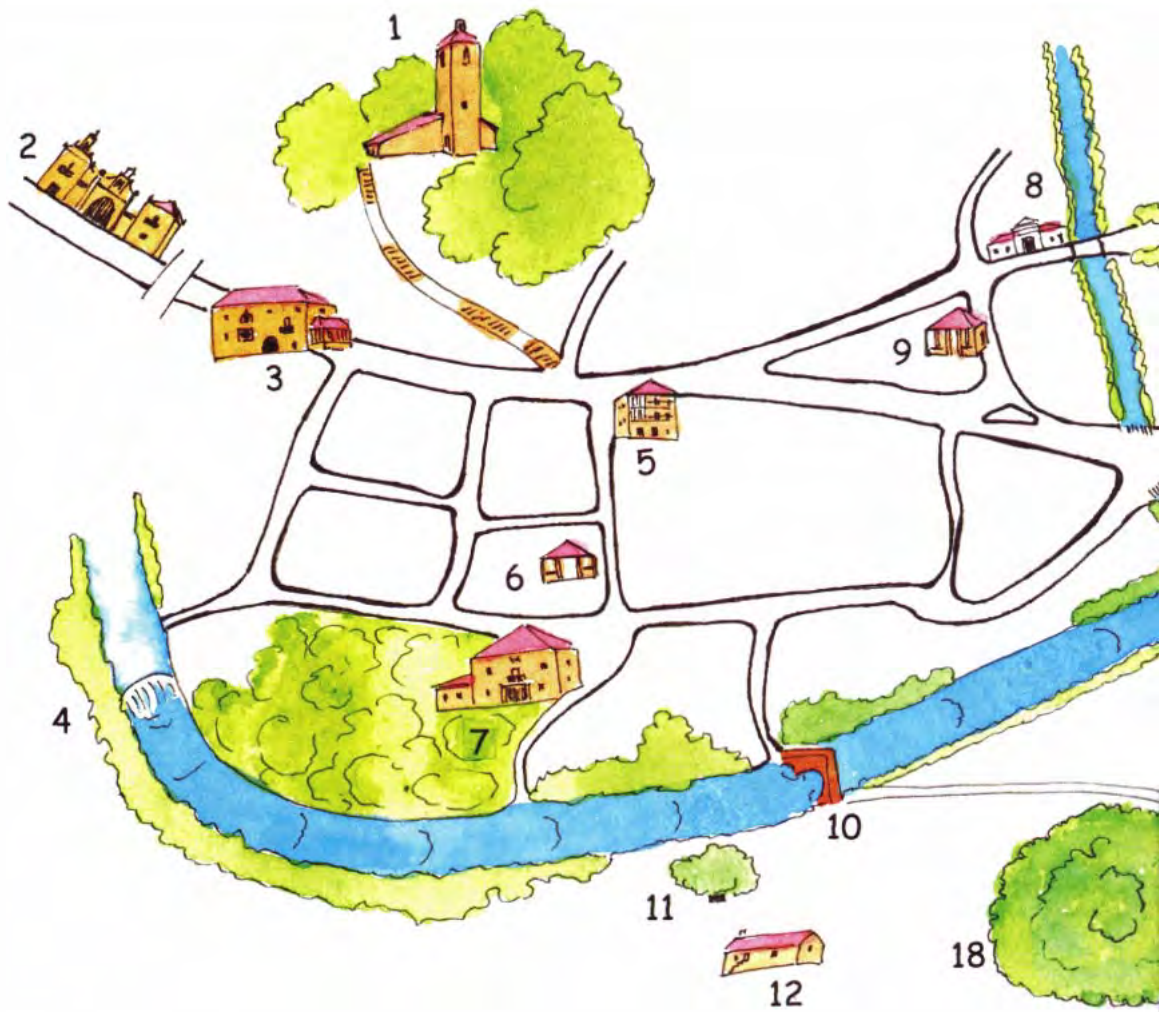
Texto

Pedro Echánove Errazti

Ilustraciones

Carmen Mocholi García

PLANO DE LIÉRGANES





1. Ermita de San Sebastián
2. Palacio de las Suizas
3. Casa de las Pozas
4. Presa de las Monjas
5. El Cantón
6. Garaje de los Rubio
7. Casa de los Cañones
8. Cine
9. Escuela
10. Puente romano
11. Cajiga de El Ovejo
12. Cabaña de El Ovejo
13. La parroquia
14. Hotel Continental
15. Fielato
16. Casa de Perojo
17. Estación
18. Monte Cueto
19. Hotel Cantábrico
20. Bulevar
21. Puente de la estación
22. Hotel Estación
23. Hotel Central
24. Balneario
25. Presa de Regolgo

A LA SOMBRA DE LA PEÑA PELADA

¡¿Cuánto hace que no voy por allí?! Quizá más de cuarenta años. Desde luego, el mío es un caso notable de desafección a las propias raíces. ¿A qué será debido mi desapego? No me lo puedo explicar. Hubo un momento, hacia la llegada de la adolescencia, en el que empecé a perder interés por lo que hasta entonces había considerado un paraíso; me fui alejando despacio, hasta que, con la primera juventud, lo abandoné definitivamente. Son cosas de la vida a las que un avezado analista no tardaría en encontrar múltiples causas explicativas que, a la postre, se pueden resumir así: fue así porque así estaba escrito allí arriba, en el gran «rouleau»: así lo quiso el destino, que no tuvo que arrastrarme porque yo me dejé llevar de la mano. ¡Dios mío, cuarenta años sin saber nada de donde tanto supe! Y sin que, entre tanto, haya pasado un solo día libre de los recuerdos de aquellos tiempos dorados y, por los recuerdos, del vano deseo de regresar. Unos recuerdos que han entretenido tanto mi vida ociosa que, ahora, los tengo ordenados en la memoria de manera que los puedo soltar de carrerilla: unas tetas, la nostalgia de la antigua fábrica de cañones, un balneario de aguas sulfurosas, un puente romano, unos cuantos palacios, la leyenda del Hombre Pez y, sobre todo, el río. El río que nace en las estribaciones del Castro Valnera y se desliza dulcemente –veinte kilómetros de recorrido para quinientos metros de caída– entre quebradas profundas y minúsculas terrazas. Los recuerdos son míos, pero no sabría contarlos en primera persona del singular porque no los viví como individuo sino como miembro de una tribu en permanente comunión espiritual: Tomasín, Luis, Lipe, Paquito, y tantos otros, de los que me separó el simple crecer juntos; espero que la vida les haya sido tan propicia, al menos, como a mí me ha sido la mía. También me costará describir el paisaje en tiempo presente –me iré instintivamente al pretérito–, porque,



como han cambiado tanto las cosas en el mundo, no puedo estar seguro, ni siquiera, de que Liérganes siga estando donde estaba. Y allá voy.

Las Tetas es como la gente común conocía a lo que los entendidos llamaban los Picos de Busampiro, o algo por el estilo –también, una vez, creo recordar, los oí llamar Maimón y Cotillamón–. Las Tetas es un cerro de unos trescientos metros de altura que se descuelga pindio sobre la orilla derecha del río, a levante del pueblo, y en cuya cima, separadas por unos cien o doscientos metros, hay un par de excrecencias calcáreas bastante simétricas que, incluso a las más recatadas mentes, no pueden dejar de sugerir unos magníficos pezones. Bueno, cuando yo era niño les llamábamos los Picos, porque tetas era una palabra demasiado gorda en aquellos tiempos; decíamos: ¿vamos a los Picos de excursión? y ¡hale! pedíamos la merienda en casa y una peseta para comprar una gaseosa, cruzábamos el puente romano y nos íbamos cuesta arriba, a merendar en la cima, sobre el mismísimo centro de los pezones, con todo aquel espectáculo, como un nacimiento viviente, a nuestros pies, en el fondo del valle. Desde allí se escuchaba con nitidez la música caribeña que escupían los altavoces de la terraza del Hotel Cantábrico y, como nos la sabíamos de memoria, desde aquel trono privilegiado, la coreábamos a grito pelado teniendo sólo al viento por testigo de nuestros insoportables desafinos. Después, cuando nuestras gargantas comenzaban a amenazar ruina, nos poníamos



a explorar por allí, acabando siempre por llegar al borde de una sima tenebrosa para decir siempre lo mismo: «aquí se escondían los bandidos después de la guerra» -la guerra nos parecía lejanísima en el tiempo, aunque sólo habían pasado poco más de diez años—; ¿de dónde habríamos sacado unos mocosos como nosotros una historia como aquella? Fuese como fuese, nuestras tiernas mentes ya se entrenaban allí en los misterios del miedo más profundo. Y así, haciendo sistemáticas investigaciones del terreno, se nos iban las horas hasta que, alertados por las primeras sombras de la noche, emprendíamos la bajada a toda mecha, tratando de esquivar a los feroces perros de las cabañas que nos perseguían rabiosos mientras sus amos se morían de risa contemplando nuestro infantil terror; no tardábamos ni media hora en todo aquel recorrido que se nos hacía eterno y, sobre todo, odioso, hasta que llegábamos a la finca de Juan el Ovejo —el Ovejo era amigo de los niños y tenía a sus canes amaestrados para que no nos molestasen—la última, que ya lindaba con el río y tenía, junto a su portilla, muy cerca ya del puente romano, una cajiga gigante bajo cuyo ramaje nos deteníamos a tomar aliento y rejuntarnos antes de entrar en el pueblo en compacta formación. La cajiga del Ovejo era bien conocida por nosotros como terreno neutral; era nuestro lugar preferido para las cacerías de jorges; atar un hilo a una de las patas traseras de un jorge para obligarle a volar en círculo era un juego que nos tenía entretenidos de vez en cuando. Nunca que anduviésemos por allí dejábamos de acercarnos hasta la cabaña para

ver si estaba Juan y, si había suerte, poder saludarle; él, cuando le abordábamos, nos acogía con amabilidad y, si estaba ordeñando, nos explicaba en que consistía aquello y nos dejaba intentarlo; a veces, nos ofrecía queso tierno que nosotros aceptábamos, no porque tuviésemos hambre, sino por el placer que sentíamos ante una persona mayor con tantas consideraciones para con nosotros. ¡Pobre Ovejo! Años después apareció muerto en una de sus cabañas con el pecho atravesado por un dalle; al parecer, según contaron después, el golpe fatal se lo asestó un muchacho al que solía emplear como criado, cuando el Ovejo, que tenía fama de tener mucho guardado debajo de una viga, le negó al chaval una cantidad ridícula de dinero. ¡A saber cómo se desarrolló aquella tragedia!

Unos metros río arriba del puente romano, por la orilla izquierda, estaba el gran muro que defendía de las crecidas el parque de la Casa de los Cañones. Para nosotros, aquel muro era un obstáculo que solíamos salvar sin mayores problemas, unas veces por puro afán de aventura y, otras, sobre todo en otoño, con la intención de hacer acopio de nueces y castañas, si no nos lo impedía un duendecillo cojo que siempre andaba por allí y que, como no nos podía alcanzar con la mano, nos arrojaba piedras con bastante certera puntería. En la Casa de los Cañones veraneaban unos señores de Madrid tan ricos como importantes; la inminencia de su llegada cada año la anunciaba la nutrida delegación de servidumbre que enviaban con una semana de antelación para acondicionar la casa; era éste un despliegue de poderío que no pasaba inadvertido, sobre todo a los mozos casaderos que tenían en aquella servidumbre un rico filón para explotar, por aquello de que la novedad siempre tira más que lo conocido: no pocas de aquellas doncellas, cocineras o lo que fuesen, pasaron por la vía del matrimonio a formar parte del vecindario local.

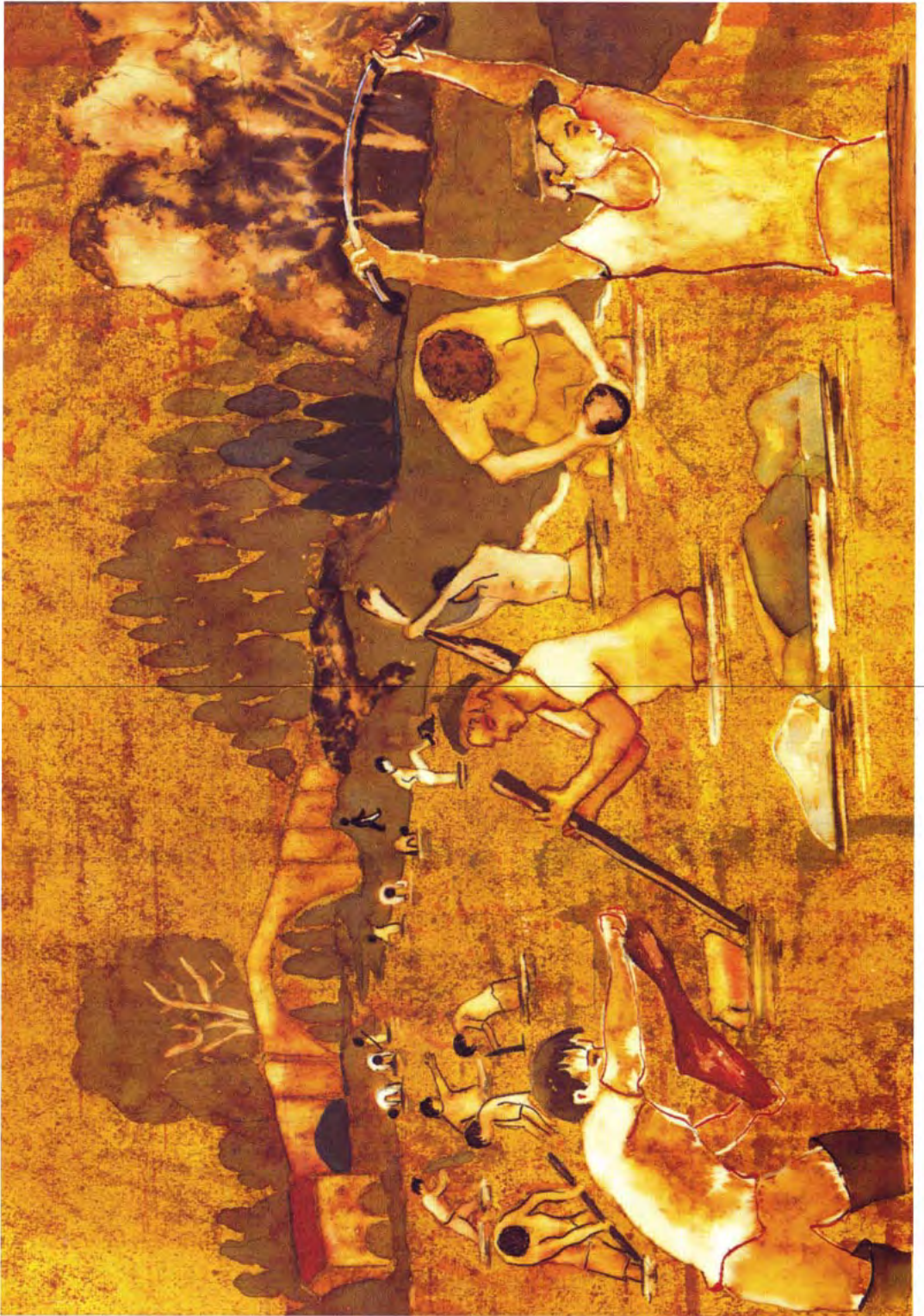
Aparte de los comentados devaneos con la servidumbre, la relación del pueblo con los habitantes de la Casa de los Cañones era inexistente. El dueño de todo era un banquero de los mayores del reino, cuya mujer, una inglesa alta y estirada, tenía una hermana, igual de alta y estirada, casada a su vez, con un almirante que era ministro de Franco: con semejantes títulos ¿quién hubiese osado ni siquiera rozar la orla de sus vestidos? La gente se limitaba a observarles con discreción y a hablar de ellos en voz baja, con reverencia y temor, como si de dioses se tratase.

La Casa de los Cañones tenía su leyenda bien fundada; defendiendo los extremos de su sobria fachada de piedra de sillería habían colocado dos cañones apuntando al cielo que no sólo servían para justificar su nombre, sino, también, para recordarnos a todos que aquella casa estaba levantada sobre los cimientos de la antigua siderurgia en la que se habían fabricado aquellas soberbias piezas y algunas otras colocadas en esquinas estratégicas del pueblo. El punto álgido de la gloria de nuestra historia local lo constituía la fábrica de cañones que habían venido a instalar



ingenieros y obreros flamencos allá por los años treinta del siglo XVII; según se decía, había supuesto una revolución tecnológica para su época, y los cañones que de ella salían eran, por supuesto, de los mejores del mundo y parte del extranjero. Esta factoría apenas funcionó un siglo y murió a consecuencia del desastre ecológico que ella misma produjo en su entorno: hacia mediados del XVIII una gran riada se la llevó por delante. No hay más que darse una vuelta por el valle para entender lo que pasó: arriba de todo, en el puerto de Lunada, y donde la cordillera se precipita casi en picado unos quinientos metros formando un circo majestuoso, todavía se puede ver la silueta sinuosa del resbaladero que lo cruza, por el que, a buen seguro, se deslizaban dulcemente los hermosos troncos de pino burgalés con los que se atizaban los hornos de la fundición; en la base del circo quedan restos de la presa en la que se embalsaba la madera que iba cayendo de las alturas. Luego, cuando ya la presa rebosaba, abrían las compuertas y ¡allá va!, ¡más madera para hacer cañones! Así es como dejaron todas las cumbres de la cabecera del valle completamente peladas, y, cuando vino un mal chaparrón, el agua no encontró hojas a las que agarrarse y se desplomó vertiginosa por las laderas arrasándolo todo: aquello fue el Diluvio Universal. De todas formas, es probable que, al llegarle la catástrofe, la factoría estuviera ya muy anticuada, y que, en el fondo, fuera más un favor que otra cosa lo que nos hizo la Naturaleza airada. Claro que, de toda esta concatenación de causas y efectos que llevaron al desastre, no teníamos mucha idea aquella temporada que nos entretuvimos yendo al río a mirar como los mayores, metidos en el agua hasta la cintura, removían descomunales pedruscos y hacían enormes socavones con la esperanza de encontrar los restos de las coladas y otros artilugios de hierro que, por ser defectuosos, habían sido arrojados al río en los años de vacas gordas; para nosotros, aquello era igual que una película de buscadores de oro, pero a lo vivo: no nos perdíamos detalle de toda aquella orgía de pasiones desatadas por la codicia; era mucho dinero el que por aquellos días se estaba poniendo en circulación y las expectativas se desmadraban. Duró pocos meses la ilusión; pronto dejó de aparecer el hierro y los camiones de los chatarreros de venir por el pueblo. Nunca se supo quién había descubierto el filón; cada cual tenía su versión adaptada a su interés y, para el caso, poco importaba quién hubiese sido, porque el río era de todos; lo más curioso de todo aquello fue que se hubiese descubierto el material precisamente en la misma época en la que la economía española empezaba a tirar después de aquella larguísima posguerra con pertinaz sequía incluida; las fundiciones de Reinosa demandaban chatarra sin cesar y la gente, lista como el hambre que estaba cansada de pasar, la buscaba debajo de las piedras, y en Liérganes la encontraron, y tuvimos nuestra lección de historia, y, también, supongo, de filosofía, al comprobar cuán efímera es la fortuna de quien todo lo confía a ella.

El caso es que la Casa de los Cañones, y sobre todo su parque, era un vivero de inagotable curiosidad para nosotros; teníamos controlados todos los movimientos



que se producían en su interior, y, cuando la época y la ocasión nos era propicia, no dudábamos en escalar el muro del río para aventurarnos en exploraciones de las que las más de las veces salíamos huyendo por miedos casi siempre infundados. Nos impresionaban aquellos árboles gigantescos –tan raros muchos de ellos para nosotros que creíamos conocer todos los que existían– y la nunca vista yerba que les rodeaba –como de terciopelo– y las rosaledas tan ordenadas en rectángulos multicolores al fondo del parque, justo bajo los muros cubiertos de yedra del convento de Las Monjas. Deambulábamos a hurtadillas por aquel paraíso prohibido, sabiendo que, en caso de peligro, el mejor lugar para escapar era a través del cenador que por detrás del convento daba sobre el río; allí mismo, por debajo del cenador, entraba el cauce que, atravesando todo el parque, llegaba hasta el molino de Regina, el que había junto al puente romano; aquel escondrijo, el cenador, era un punto de observación privilegiado, con la presa de Las Monjas a los pies y toda la majestuosidad de Las Tetas al frente; allí nos entregábamos a la reflexión y no puedo recordar a qué tipo de conclusiones pudimos llegar. Aquello era demasiado, sobrepasaba con mucho a las mejores utopías de nuestra imaginación. Estábamos tan abrumados que sólo podíamos sentir veneración por aquellos señores tan ricos venidos de otro mundo para gozar sin sobresaltos de aquel edén. Fue más tarde, siendo ya adolescentes, cuando quiso el destino que fuésemos requeridos por una de aquellas damas inglesas, tan largas y estiradas y con sombreros de flores, para que entretuviésemos al hijo de uno de sus invitados que debía de andar por allí dándoles la tabarra; entonces pudimos campar por el parque a nuestras anchas y, con las debidas precauciones, por la casa, siempre, eso sí, haciéndonos los sorprendidos por lo que ya nos era de sobra conocido. No recuerdo haber tenido ningún especial sentimiento de bienestar durante estas incursiones legales; más bien, creo que era opresión lo que me producía aquel mundo frío y protocolario en el que siempre había ojos observando. En el fondo, lo único que deseábamos todos era que aquel chaval de Madrid, o de donde fuese, se largase cuanto antes para, así, recobrar nuestra condición de furtivos. Para nosotros estaba claro que París no vale una misa, y, además, por aquel entonces, para nuestras fantasías y primeros escarceos amorosos ya teníamos el parque del Balneario, que estaba lleno de guaridas y numerosos puntos de fuga para lo no deseado que pudiera acontecer.

Si la Casa de los Cañones era la referencia histórica por excelencia, el balneario era el centro de la vida económica y, sobre todo, de la política, dada la relevancia de los personajes que allí buscaban restituirse de los estragos causados por el tabaco. Se decía que ya en tiempo de los romanos venía gente desde muy lejos con la esperanza de aliviar sus males al aspirar los gases malolientes que se desprendían al golpear –con paletas creadas a tal efecto– las aguas que brotaban de sus manantiales. Poco importaba que fuese verdad o mentira con tal de que el negocio tuviese su leyenda, lo cual, como es bien sabido, siempre funciona a las mil maravillas

como reclamo publicitario. Para nosotros, tal y como lo conocíamos, el balneario parecía haber estado siempre allí para regular los ciclos de la naturaleza: cuando el primero de junio lo abrían al público era como si todo en el pueblo despertase a la vida, y fuese desmereciéndose poco a poco hasta que, en agosto, se producía un apogeo trepidante; después venía el declive imparabile, hasta que con el cierre, el último día de octubre, se volvía al estado letárgico de nuevo.

Por las instalaciones balnearias pasaban cada temporada más de un millar de entre los expectoradores más productivos del país, circunstancia ésta que no dejaba de tener sus repercusiones en lo que al color, consistencia y agarre del pavimento se refiere; la cosecha de gargajos que había por todas partes no desmerecía nada a la que ahora suele haber, en donde quiera que sea, de chicles resecos. Lo normal es que los bañistas –también se les llamaba agüistas– hiciesen dos sesiones diarias de inhalaciones de aerosoles de agua sulfurosa durante unas dos semanas; así, según decían, limpiaban y fortalecían los bronquios, quedando en inmejorables condiciones para poder seguir fumando. En el fondo, el penoso tratamiento al que se sometían era un peaje que pagaban de buena gana para poder mantener el vicio sin excesivas preocupaciones o remordimientos de conciencia. Para nosotros aquella gente que paseaba por todas partes con la boca tapada por una toballa blanca era parte del paisaje, y a nadie le extrañaba que, de tanto en tanto, retirasen la protección de su cara y lanzasen un lapo descomunal, porque, al fin y al cabo, para eso habían venido, para limpiar la chimenea, y de eso, de ablandar secreciones, era de lo que vivíamos.

El complejo balneario, que incluía el Gran Hotel, estaba situado en el extremo noroccidental del casco urbano, en medio de un extenso parque en el que había unos árboles gigantescos que eran los encargados de dar al lugar el aire sombrío y circunspecto requerido para la función que desempeñaba. En el Gran Hotel, un mamotreto de considerables proporciones, era donde se hospedaban los agüistas, o bañistas, potentados; todo el frente de su planta baja estaba atravesado por una galería de aspecto muy acogedor en la que, según nos contaban, siempre había ministros, obispos y terratenientes, jugando al tresillo. Nosotros lo único que veíamos era que en la puerta nunca faltaba un nutrido grupo de chóferes uniformados que fumaban sin parar. Una vez nos hicimos amigos de uno de ellos que se llamaba Adolfo y tocaba la guitarra. Un día, cuando le escuchábamos arrobados interpretar fandangos, vino su ama y le echó una reprimenda por estar perdiendo el tiempo: nos quedamos todos sin saber qué decir, porque, por un lado, era la primera vez que veíamos como reñían a un mayor de la misma manera que lo hacían con nosotros y, por otro, no comprendíamos la causa, porque ¿qué tiempo era el que estaba perdiendo Adolfo? Y si lo perdía ¿no consistía precisamente en eso su oficio? Aquella señora, una rica terrateniente de Zamora, sin duda estaba amargada y lo que le fastidiaba era que los demás disfrutasen de la vida.

La única oportunidad que teníamos los niños de adentrarnos en el Gran Hotel para fisgar era con motivo de la misa de los domingos. Tenía una capilla muy concurrida en la que era fácil pasar inadvertido dado el fervor que por entonces mostraban los fieles; allí, entre aquella gente, nos sentíamos importantes y no parábamos de cuchichear: mira, ¿ves a aquél? Pues es el general Moscardó, el del Alcázar de Toledo; ¡sí hombre, el que viene en la enciclopedia, el que le dijo a Franco «sin novedad en el Alcázar»)! ¿Por qué hará esas cosas tan raras? —el pobre hombre estaba atacado de múltiples tics que le hacían parecer un sordomudo soltando un discurso—; ¿ves a aquél? Pues es el general Dávila; no sabíamos que había hecho aquel señor para ser tan importante, pero a nosotros, dada la idea que teníamos de lo que era un guerrero, nos llamaba la atención que un general pudiese ser tan canijo. Y así, con aquellas confidencias, se nos pasaba la misa en un santiamén por comparación con la misa mayor de la parroquia en la que don Emilio soltaba unos rollos que se nos hacían eternos y de los que no entendíamos nada: —lo uno por lo otro—.

Pero si los interiores del Gran Hotel, salvo su capilla, era un sitio vedado para nuestra pesquisas, no pasaba lo mismo con el Balneario. En ocasiones nos hacíamos amigos de algún niño asmático de los muchos que venían a tomar las aguas y, con la disculpa de que íbamos a buscarle para llevarle a jugar, entrábamos por allí con mucho respeto y procurábamos pasar inadvertidos en medio de aquel bati-burrillo de murmullos y toses, en medio de la niebla y el olor a pedo. Para nosotros, el olor a pedo era, sin duda, la característica más sobresaliente del balneario: identificábamos automáticamente lo uno a lo otro, y nunca desaprovechábamos la ocasión que se nos presentase de ir a demostrárselo a cualquier forastero que se hubiese mostrado escéptico al respecto. En Liérganes siempre había durante el verano un montón de niños forasteros con los que siempre acabábamos por congeniar. Ahora que, cuando nos dábamos un hartón de olor fétido era en el mes de octubre; durante este mes, por el favor de sus dueños, los habitantes del municipio tenían derecho a tomar las aguas gratis, y, claro, como no costaba nada, allí nos llevaban a todos los debiluchos para que cogiésemos menos catarros en invierno. Para los niños, que por lo visto estábamos incapacitados para respirar por un tubo durante diez minutos como eran capaces de hacer los mayores, había un tratamiento especial que consistía en estar encerrado durante media hora en un cuarto, sentado en un banco y mirando hacia una gruta en la que salpicaban cantarines, unos chorritos de agua lanzados a presión. Aquello era un rollo peor que la misa, y en cuanto desaparecía la aguadora nos poníamos a jugar con los chorritos hasta que chorreábamos agua por todo el cuerpo. Es imposible saber si aquellas curas preventivas nos sirvieron para pillar menos catarros durante los inviernos —desde luego que mocos siempre tuvimos muchos—, pero de lo que sí que puedo estar hoy seguro es que nuestro inconsciente quedo grabado con la idea de que a todo se acostumbra uno, porque al final del tratamiento ya éramos incapa-



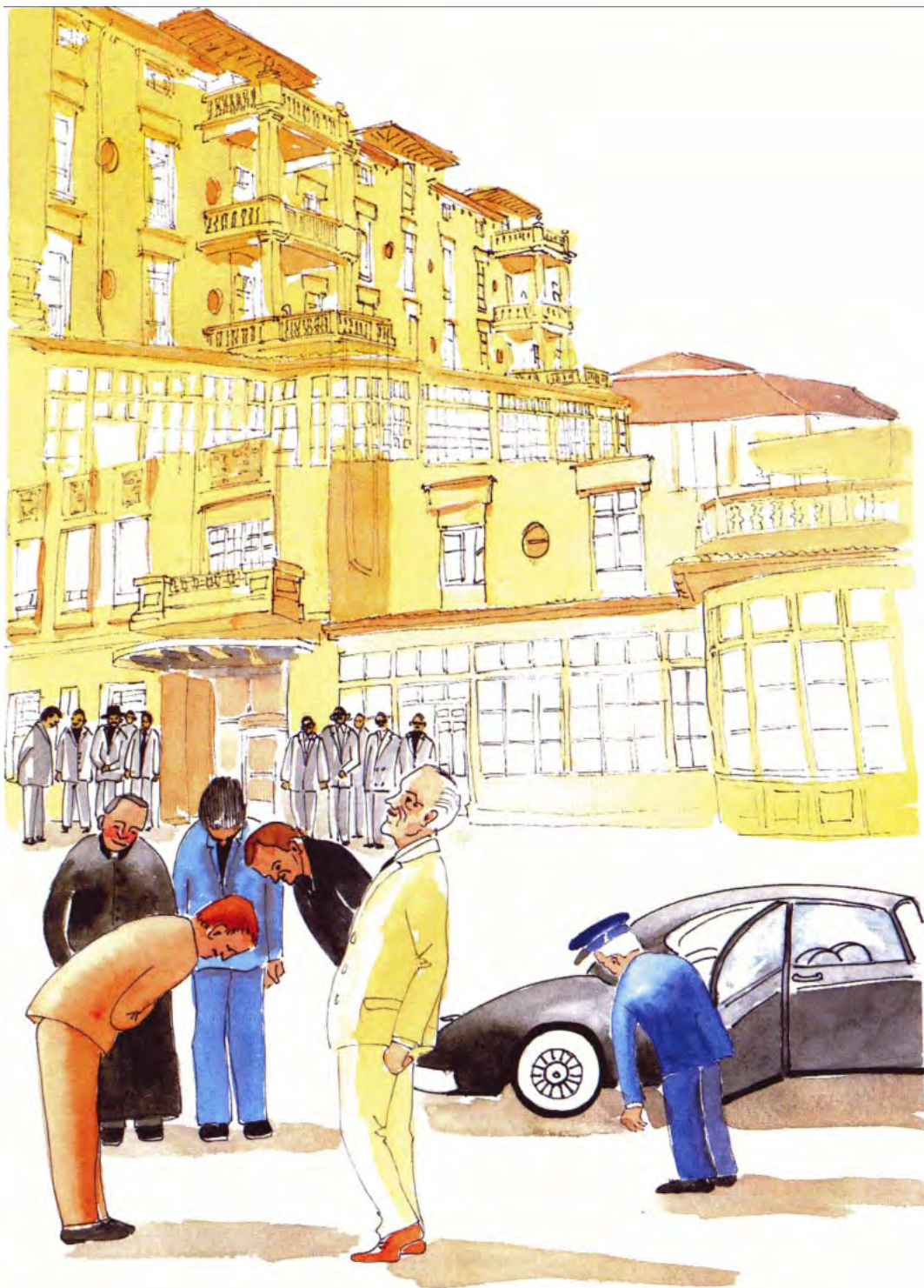
ces de percibir el olor a pedo allí donde se produjese, y habrían de pasar muchos días antes de que las pituitarias recuperasen la capacidad de detección de tan específico aroma. Y, cosa curiosa, cuando, vuelto a la normalidad olfativa, te hacías consciente de que algún desconsiderado se acababa de tirar un pedo junto a ti, automáticamente pensabas: no importa, esto me ahorrará catarros durante el próximo invierno.

Con la única persona mayor que llegamos a hacer amistad durante nuestras andanzas balnearias fue con Poli, un señor de Eibar que, aparte de no quitarse nunca la **chapela** y hablar siempre del tiempo, venía vendiendo bisutería toledana en el porche de entrada al balneario desde la noche de los tiempos. Los más viejos del lugar no podían recordar aquel lugar sin que estuviese allí Poli, de pie, detrás de la vitrina portátil en la que exhibía su mercancía y, siempre, inmejorablemente dispuesto a dar el parte meteorológico a quienquiera que lo demandara, como, por lo general, era el caso de todos y cada uno de los agüistas que, antes de entrar a hacer sus tratamientos, se veían obligados a cumplir con el rito de acercarse a la vitrina, echar una ojeada a la bisutería y, después, como el que no quiere la cosa, preguntar: «¿qué tiempo vamos a tener hoy, Poli?») Y entonces, Poli, tomándose la cosa muy en serio, salía de detrás de su parapeto, daba unos pasos hasta situarse a cielo descubierto y miraba hacia arriba con detenimiento, como pensándose10 bien, antes de hacer su predicción siempre cargada de incertidumbre,

como el buen juicio aconseja hacerlo en tratándose del clima cantábrico. Sin embargo, a nosotros, Poli no nos hablaba del tiempo, sino de cosas de su pueblo donde nos decía, había montones de fábricas en las que se hacían motos, pistolas, máquinas de coser, y, en la que él había trabajado toda su vida, aquella bisutería toledana que era la misma que se vendía en la ciudad de Toledo a los turistas como si fuera un producto autóctono; por Poli fue como nos enteramos de que la iniciativa de los vascos no tiene límites.

De entre los numerosos bañistas que acudían puntualmente cada año, el personaje más sobresaliente era, sin duda, el ministro de la gobernación, don Camilo, que se paseaba por el pueblo como Perico por su casa, metiendo las narices por todas partes. Siempre iba solo, aunque eso sí, seguido a prudente distancia por unos cuantos guardaespaldas, que a nosotros nos infundían mucho respeto porque sabíamos que llevaban una pistola debajo del sobaco. La llegada de don Camilo al pueblo nos la anunciaba el despliegue estratégico de guardias civiles por carreteras y altozanos de los alrededores, y si te dabas una vuelta por el parque del balneario, podías ver, a la puerta del Gran Hotel, a una numerosa delegación de fuerzas vivas llegadas de toda la provincia para darle la bienvenida y presentarle sus respetos. Había años en los que don Camilo se retrasaba más de un día conforme al horario previsto y toda aquella gente aguantaba allí, a pie firme y jvenga a fumar cigarrillos! A veces, cuando por fin llegaba, se dirigía directamente a sus habitaciones sin hacer puñetero caso a nadie. Fuera como fuese que don Camilo se mostrase hosco o amable con sus subordinados, el caso es que su afición por Liérganes tuvo consecuencias relevantes para el municipio: él fue quien se encargó de poner en la alcaldía a un joven empresario muy emprendedor, proveniente de la vieja guardia aunque todavía fuese joven—, y, también, él fue quien hizo las gestiones, o dio las órdenes pertinentes, donde quiera que fuese necesario, para que llegasen al Ayuntamiento generosas aportaciones monetarias; entre unas cosas y otras, hubo obras de saneamiento y embellecimiento por todas partes que hicieron que Liérganes ganase el primer premio en el concurso de ((Pueblos más rechulos de España y el mundo en general)).

De entre todo lo que se hizo entonces en el pueblo, lo más importante creo que fue el alcantarillado subterráneo por todo el barrio del Mercadillo; lo llevaron a desembocar directamente al río, entre el puente romano y el de la estación, en un lugar que se convirtió inmediatamente en punto de referencia para nosotros porque, en adelante, de allí para abajo ya no merecía la pena ir a pescar: la fauna piscícola había huido como por ensalmo al apercibirse de que se estaba tragando toda la porquería que antaño se quedaba en los pozos negros de cada casa; pero, así y todo, pese al río y a los pescadores, la vida mejoró mucho en el barrio, sobre todo porque los mosquitos que nos asolaban cada verano se redujeron drásticamente.



Aparte del alcantarillado y el asfaltado de las calles que tanto agradecemos a don Camilo, lo que más dio que hablar, incluso con manifiestas discrepancias, fue la remodelación del Bulevar -Gulevar, como nosotros decíamos-, que a partir de entonces no sólo cambió de aspecto sino también de nombre, pasando a llamarse Paseo del Hombre Pez. El Bulevar era una avenida flanqueada de plátanos debidamente manipulados para que sus ramas formasen una cúpula espesa. Iba desde el puente de la estación hasta una de las puertas del parque del balneario, bordeando el río, del que le separaba un muro que culminaba en un parapeto de piedra muy apropiado para sentarse a ver pasar gente. También tenía un templete de madera y unos bancos de cemento recubiertos de azulejos con anuncios de tiendas de Santander y productos para la salud del tipo del ((linimento Sloan» y cosas por estilo. Allí era donde se celebraban las romerías y en donde, en general, estaba toda la marcha: en el verano aquello era un hervidero. Cuando lo reformaron, lo único que respetaron, aunque no del todo, fue los árboles. Todo lo demás lo pusieron en plan bonito, con mucho hierro y mucho colorín, y con unos balcones colgantes sobre el muro que nadie entendió para qué podrían servir, porque allí, incluso en los mejores días, la humedad te podía matar. Pero lo que más trascendencia tuvo de aquella remodelación fue que se aprovechó para rescatar del abandono la leyenda del Hombre Pez de Liérganes, mediante la colocación de unos bajorrelieves alegóricos con un breve texto explicativo en ambos extremos del paseo. Todos habíamos oído hablar, siquiera someramente, del Hombre Pez, pero, a partir de la inauguración del paseo que tomó su nombre, todos nos convertimos en eruditos de su leyenda, por lo demás, absolutamente descabellada. En la antigüedad se había ocupado de ella el Padre Feijoo, y, más recientemente, el mismísimo Marañón había especulado sobre la materia, tratando de encontrar explicaciones científicas a tan extraordinario fenómeno. Lo que se contaba es una historia del siglo XVII, cuando en España había tanta hambre, peste y desesperación, que no es de extrañar que por todas partes surgiesen maravillas sobrenaturales para atizar el fuego de la esperanza. Se trataba de un tal Francisco de la Vega, nacido en el barrio de Rubalcaba, que desde niño mostró una desmedida tendencia a estar metido todo el día en el agua del río. Llegada su adolescencia, sus padres lo enviaron a Bilbao para que aprendiese el oficio de carpintero, y fue allí donde un día desapareció cuando se estaba bañando en la ría del Nervión. Todos le dieron por ahogado, pero, ¡ah, sorpresa!: a los pocos días, o semanas, unos pescadores de Cádiz atraparon en su red un extraño engendro que inmediatamente fue entregado a los encargados de desvelar los secretos de la naturaleza, o sea, a los curas; la «cosa» fue depositada en un convento para su observación, y, al cabo de unos días, empezó a balbucear una palabra que no tardó en ser identificada como Liérganes; a partir de ahí ya vino todo rodado: un cura escribe a un monje, y éste a un magistral, y así hasta que descubren que Liérganes es un pueblo de la provincia de Santander, etc. No tardó Francisco en volver a la casa de sus padres que lo recibieron con el natural



regocijo por la recuperación de lo que se ha dado por perdido, por más que el muchacho hubiese regresado con sus facultades mentales bastante reducidas, aunque no tanto como para no poder seguir consolidando su leyenda: en lo sucesivo Francisco se dedicó a ejercer de correo entre Liérganes y Santander; nadie le podía igualar en rapidez porque, en vez de rodear la bahía, iba derecho hasta Pedreña y, allí, se lanzaba al agua y nadaba los cinco kilómetros que le separaban de su meta en un periquete. El que quiera saber más del asunto puede recurrir a los autores citados, aunque no creo que merezca mucho la pena porque, como dijo un sabio, leyenda razonada, leyenda muerta.

Lo que más pena nos dio a todos cuando hicieron la obra del Bulevar fue que quitaron la caseta del fielato que había a mano izquierda de la salida del puente de la estación; pusieron allí un mirador muy cuco desde el que había una vista privilegiada del puente romano con las Tetas al fondo. Aquel fielato, que ya llevaba años fuera de uso, nosotros lo teníamos íntimamente ligado a la figura quijotesca de Gaspar. Gaspar era un señor largo y casi transparente, con unas gafas de culo de vaso y una boina calada hasta las cejas, que cada día, hacia la media tarde, acudía, montado en un burro que se caía de viejo, a sentarse en el muelle del fielato; y allí se pasaba las horas muertas sin hablar nunca con nadie, con una pierna colgando en el vacío y la otra convenientemente doblada de forma que la rodilla le sirviese de apoyo al brazo, y el brazo a la barbilla ¡a saber en que pensaría mientras estaba allí! Desde luego, recuerdos no le debían faltar, porque era uno de tantos lugareños que había andado en su juventud haciendo las Américas; pero no había tenido suerte y lo único que se trajo de allí fue una tuberculosis que a la vista estaban los estragos que le había causado en el cuerpo. Desaparecido el fielato, también desapareció Gaspar, y, a pesar de las mejoras, nos parecía que el pueblo había perdido algo que nunca podríamos olvidar, pero, en fin, así son las cosas de la vida, que todo pasa, incluso lo que parece eterno, cualidad que Gaspar, a pesar de su estatus casi pétreo, sin duda no tenía: el tiempo se había encargado de demostrarlo.

Otra de las innovaciones provenientes de la liberalidad de don Camilo fue la de la iluminación de los monumentos: de repente, nos dimos cuenta de que en Liérganes los había por todas partes. No fue una iluminación cualquiera, como las que decían que había en algunos sitios del extranjero; la nuestra era de colores y tan profusa que, al ponerse a funcionar con la llegada de la noche, era como si de repente estuviésemos viviendo en un lugar encantado; se podía ver el puente romano, o la ermita de San Sebastián, o la Casa de los Cañones, o tantas otras maravillas, como flotando en el aire, surgiendo de unas brumas que pasaban, desde el verde al naranja, por todos los colores del arco iris. La ventaja que trajo para nosotros esta iluminación decorativa consistió en la tajante prohibición que se estableció a partir de entonces de ir a tirar las basuras desde lo alto del puente romano; así nunca volvimos a ver interrumpidos nuestros baños o pescas en el



lugar por una andanada intempestiva de inmundicias; claro que como no hay bien que por mal no venga, y, como no había recogida pública de basuras, la gente se vio obligada a buscar otros sitios para deshacerse de ellas, y, **joh**, maldición!, los encontró precisamente en muchos de nuestros lugares preferidos para el esparcimiento acuático: en nuestra inocente percepción de la realidad, ya empezábamos a darnos cuenta de que el progreso nos iba limitando las posibilidades ofrecidas por el paraíso en el que creíamos vivir.

Entre unas cosas y otras, se empezó a hablar de Liérganes en los periódicos y, con ello, aumentó considerablemente su gancho como destino turístico; cada tarde llegaban por tren manadas de ociosos que lo miraban todo antes de sentarse en una de las terrazas de cualquiera de los hoteles que flanqueaban el Bulevar para empapuzarse con el tradicional ((chocolate con churros de Liérganes)), famoso más allá de nuestras fronteras desde los tiempos de la Restauración. Fue tanta la demanda de servicios, que no había pasado un año y ya tuvimos otra nueva tanda de obras en el pueblo; esta vez, de iniciativa privada, concretamente la hostelera. Rodeando el Bulevar estaban los cuatro o cinco hoteles más importantes del pueblo y todos ellos se renovaron por entonces, lo cual nos trajo no poco entretenimiento a la ciudadanía menuda y la que no lo era tanto. Por cada obrero había veinte **mirones**, y entre los **mirones** un sabio que

decía: ((tienen que darse prisa, porque si se pone a llover el cemento fraguará mal»); y entonces todos nos poníamos a mirar al cielo antes de emitir nuestros pronósticos, estableciéndose, a veces, serias discrepancias que daban para un rato de cháchara.

Los hoteles, o bares, del Bulevar —en verano se les llamaba hoteles y en invierno bares— tenían cada uno su propia miga, y, entre todos, mucho más que un pan. Al otro lado del río, al salir de la estación de ferrocarril estaba el Hotel Estación, o bar de Perojo, que tenía una amplia terraza sobre el río, muy codiciada porque desde ella se tenía una panorámica privilegiada de todo lo demás; lo único que la perjudicaba era la humedad que trepaba generosa desde las profundidades acuáticas con las primeras sombras. Cruzado el puente, a mano izquierda, el Hotel Continental, o bar de Las Cariñosas, el más discreto de todos y preferido por los *gourmets*. A la derecha del Continental, separado por la cuesta de La Montañesa, el Hotel Cantábrico, o bar de Fonso, el más próspero de todos, y como tal, de donde más bulla salía. A la derecha del Cantábrico, separado por una huerta y una gran rivalidad, el Hotel Central; con su terraza empanada y, su aire decadente era nuestro preferido cuando alguien nos invitaba a merendar chocolate con churros. Más a la derecha todavía, terminado ya el Bulevar y pasado el parque del balneario, el Hotel Santanderino, que, a efectos de curiosidad, daba poco juego; no tenía. ni terraza, ni bar, y, además, cerraba en invierno.

Estos hoteles, y unos cuantos más diseminados por todo el pueblo, habían ido creciendo como hongos a la sombra del balneario desde finales del siglo pasado; en ellos se alojaban los agüistas según sus posibilidades económicas, su ideología, o sencillamente su particular idiosincrasia; desde luego, había mucho donde elegir. Por lo general los hoteles tenían clientelas muy fijas, y cuando alguien cambiaba de alojamiento de un año para otro era como una ofensa, o un mal augurio, para el hotel abandonado, y es que, en Liérganes, nada, ni nadie, pasaba desapercibido; el control de los bañistas era exhaustivo y comenzaba desde el mismo momento de su llegada a la estación.

El ferrocarril había llegado a Liérganes hacia el año ochenta del siglo pasado, más o menos cuando se acababan de modernizar las instalaciones del balneario. En buena lógica, es fácil suponer que los dos proyectos se habían gestado al unísono en el mismo despacho; habría sido un empresario con excelentes relaciones políticas el encargado de arriesgar en el balneario a condición de que el Estado, aprovechando la línea Santander-Bilbao, sacase un ramal desde Orejo, y lo hiciese subir río arriba hasta Liérganes. Si no fue así, para el caso da igual, porque el tren llegaba seis o siete veces cada día, y, cada vez, era un acontecimiento: allí, bajo la marquesina, se arremolinaban los que se iban, los que los acompañaban, los que iban

a esperar a alguien, y, sobre todo, los maleteros que, no había parado el tren todavía, cuando ya estaban todos corriendo por el andén gritando el nombre de su empresa; cada hotel tenía el suyo y, además, por libre, estaba Periquín. Periquín era un personaje imprescindible para los cotilleos del «todo Liérganes»); en su juventud había trabajado en la Ford de Detroit, en donde, o le pagaban poco, o no supo ahorrar, porque regresó de allí pobre y bastante cascado para acogerse bajo el techo de su hermana Carola que era una mujer de armas tomar y le hacía la vida imposible. A Periquín todo el mundo le quería, y había agüistas que desechaban los servicios del maletero del hotel al que iban y requerían los de Periquín: que Periquín hubiese sido el encargado de llevarte las maletas era algo de lo que luego se podía presumir en las tertulias de Madrid el próximo invierno. Periquín llevaba todo el día calada la gorra de plato –incluso, cuando cortaba leña delante de su casa– y nunca paraba de andar cruzando el pueblo en todas las direcciones arrastrando su carretilla; en estado sobrio era imposible arrancarle una palabra, pero era sabido que con un par de copas era gracioso a reventar, así que nunca faltaba algún veraneante, gracioso también, que estuviese dispuesto a pagárselas. De alguno de estos veraneantes fue la idea de cogerle el carretillo y, antes de devolvérselo, hacer pintar en su tapa frontal la siguiente leyenda, porque en leyenda se convirtió aquello: ((Periquín Cabarga Rugamal El Gallo Quiquiriquíl Maletero No 11 Saluda a su distinguida clientela)); y encima de todo, la silueta de un gallo. El día del Carmen solía ser el de máxima gloria para Periquín; era costumbre que el gremio de pescadoras de Santander celebrase a su patrona en la terraza del Hotel Cantábrico, y, dentro de la celebración, era preceptivo que cada una de ellas se echase un bailongo con Periquín, si no quería irse con la sensación de que algo le había faltado para ser feliz. Y Periquín, con la barra libre, se ponía como una moto, y entre pescadora y pescadora, se iba al puente y se ponía a tirar pesetas, y hasta duros, al río, mientras pronunciaba conjuros entre dientes: «el dinero es una mierda»), «no tienen cojones»), y cosas así que luego pasaban de boca en boca, dando mucho que hablar.

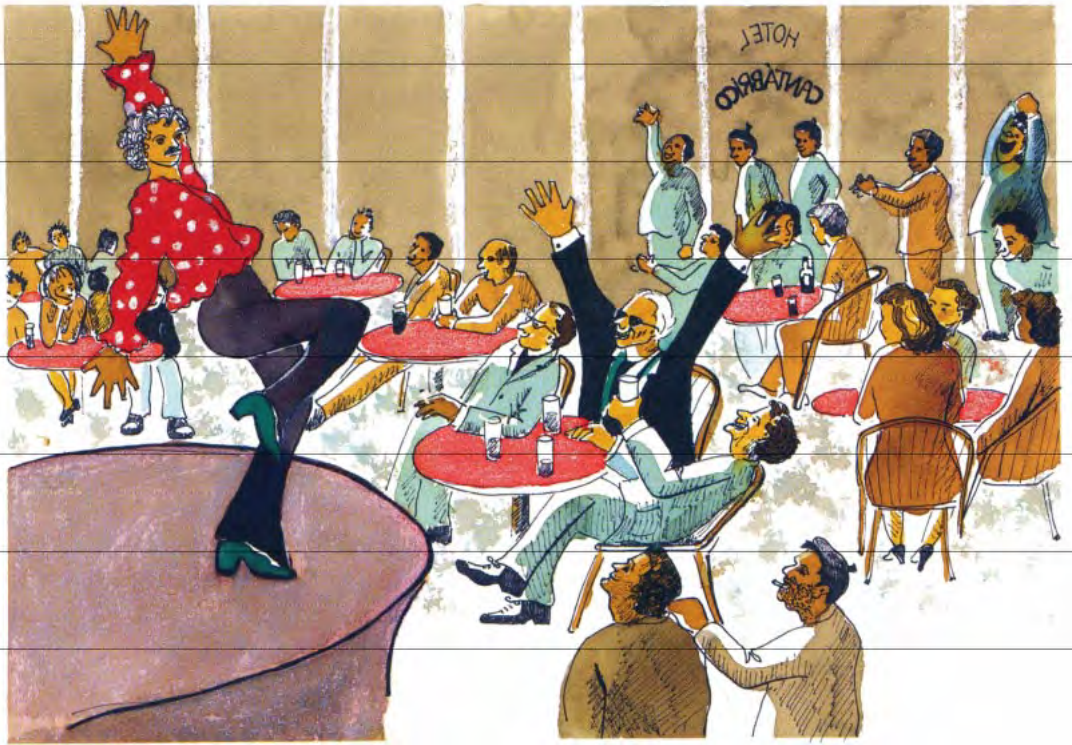
El Hotel Cantábrico, con pescadoras o sin ellas, era, como ya he dicho, en el que más bulla se armaba. De los altavoces de su terraza salía la música que se podía escuchar desde los Picos: siempre merengue, salsa, y Caribe en general, al gusto de su mejor clientela: indianos venidos de Cuba, con su «haiga» color manteca y todo, a pasar el verano en una pura risa en la terraza del Hotel Cantábrico, propiedad de Fonso el del Bar, indiano él también, que un día había decidido regresar para invertir en Liérganes lo sacado, –según se decía no sin menosprecio–, con la venta ambulante de liborios por las calles de La Habana; –nunca llegamos a saber lo que eran liborios–. Fonso era un señor corpulento y un poco vencido hacia delante, con una sonrisa perenne que enseñaba mucho oro y unas gafas ahumadas modelo «piloto americano») que no se quitaba ni para dormir; hablaba poco y siempre como en un murmullo –a lo mejor tenía la laringe cansada de tanto anunciar su mercancía en sus



años de ultramar—, lo que obligaba a la gente a acercarse mucho a él si quería saber lo que estaba diciendo; esta proximidad obligada daba a su trato un aspecto de confidencialidad que levantaba no pocas sospechas: nadie olvidaba la sonrisa sardónica que había puesto cuando la Guardia Civil le había interrogado el día en que apareció, justo al lado de la puerta trasera de su bar, bajo uno de los plátanos de la cuesta de La Montañesa, con la cabeza aplastada por un pedrusco, el jefe local del Movimiento, conocido como El Flecha; todo el mundo sabía que El Flecha había estado armando bronca en el Cantábrico pocos minutos antes de aparecer espachurrado. Que se sepa, nadie consiguió sacar a Fonso ni una palabra que pudiera saber sobre tan espinoso asunto. También se decía que cuando unos días después del desgraciado accidente unos correligionarios del Flecha fueron a buscar a Fonso para darle el «paseo», se encontraron a demasiada gente dispuesta a impedirsele y tuvieron que desistir de su propósito. Entre unas cosas y otras, Fonso era un tipo del que se hablaba con mucho respeto y al que se admiraba no poco en todo el pueblo; nunca se comentaba lo que había dicho, pero sí, y mucho, lo que hacía, pues, por lo general, él era el que marcaba la tendencia que luego habían de seguir los demás negocios del ramo.

Una de las señas de identidad más imborrables del Cantábrico era sin duda la figura de El Pendejo; si pasabas por allí delante era inevitable que la vista cayese sobre él y todos los corifeos que nunca le faltaban. El Pendejo era un señor de tez rosada y pelo muy blanco, oro en la boca y gafas oscuras, que se pasaba el verano llamando a la gente pendejo y haciendo pendejadas; tenía fama de que no paraba de invitar a todo el mundo. Era oriundo del municipio, del barrio de Pámanes; había ido a Cuba de joven y, por lo que se podía ver, le iba allí divinamente; tenía que ser muy rico para poder venir cada verano con su señora, sus dos hijos moce-tones, y su «haiga» color manteca, a instalarse en un hotel considerado de los más caros; y, luego, el sobreprecio que pagaba para que le riesen las bromas y, también, para que no se cabreasen las víctimas que se las soportaban, y, entre éstas, Periquín, al que escondía el carretillo, día sí y otro también; a todos nos hacía mucha gracia ver a Periquín lanzando juramentos desesperados porque se aproximaba la hora del tren y el carretillo no aparecía: nos reíamos porque sabíamos que no saldría perdiendo, ya que El Pendejo le recompensaba siempre con largueza. Se decía que lo de «El Gallo Quiquiriquí») en el carretillo de Periquín había sido cosa de El Pendejo. ¡Qué tipo El Pendejo!

Eran muchas las cosas que contribuían a la aureola de líder que tenía el Cantábrico: lo acogedor de su bar, su bolera, la calidad de su restaurante, los espectáculos de su terraza y la categoría de la gente que allí jugaba la partida, sobre todo, los días en que por la mañana había habido feria de ganado en Solares, Sarón u Orejo; en esos días, no había una mesa en el bar en la que no hubiese una

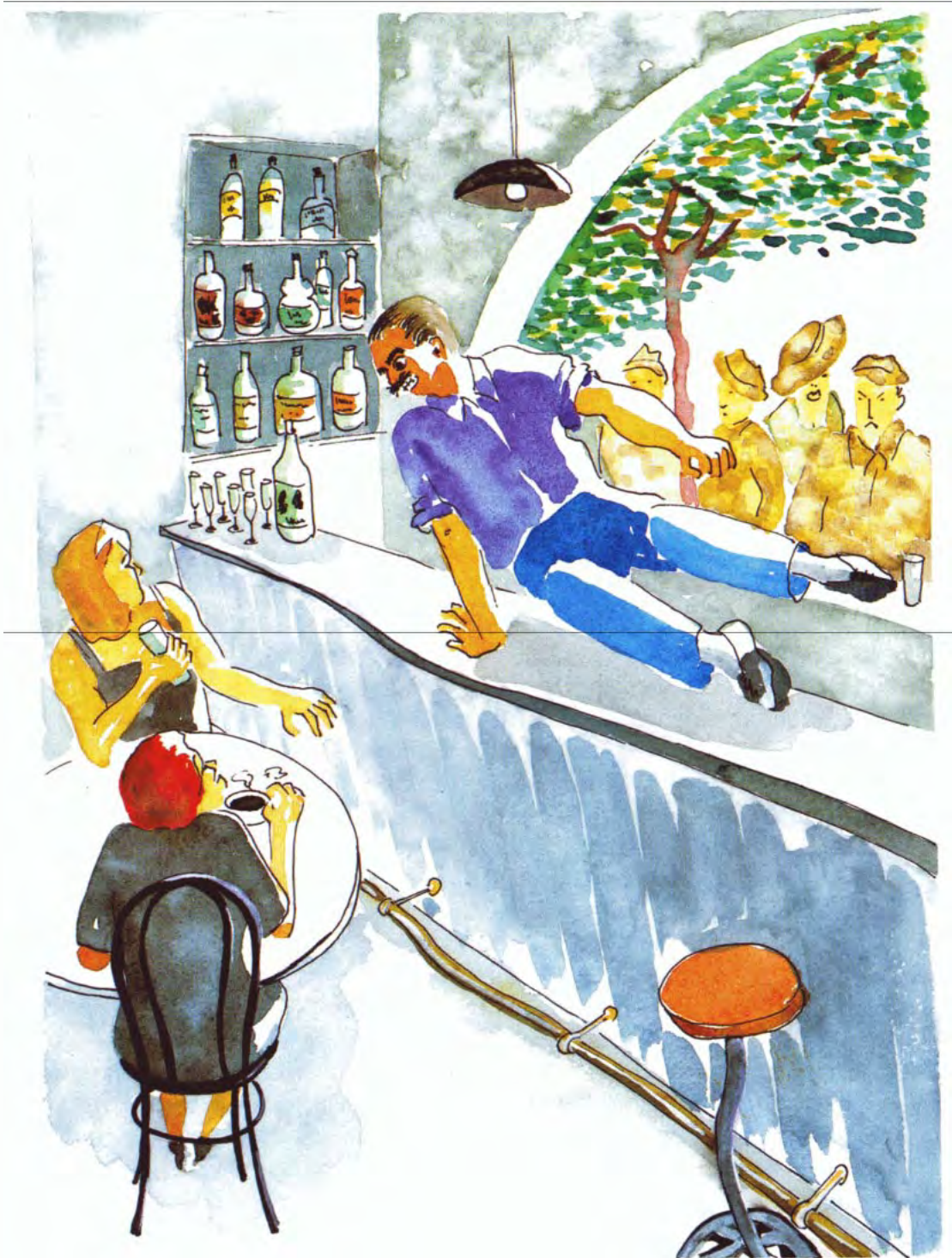


timba de las de agárrate y no te menees, y, según se decía, muchos eran los tratables que perdían allí todo lo que habían ganado por la mañana con sus tratos ganaderos, y, ya puestos a decir, algunos se jugaban incluso sus fincas, cosa que a nosotros nos parecía monstruoso. Claro que de esta faceta lúdica —o ludopática— del Cantábrico se hablaba en voz baja, porque de todos era sabido que el Juego, con mayúscula, era algo prohibidísimo, aunque a la vista estaba que quien fuera el encargado de controlarlo hacía la vista gorda; nunca supimos que el Cantábrico hubiese tenido el menor contratiempo con la justicia por esta causa.

Otra de las primacías que ostentaba el Cantábrico sobre los demás hoteles era debida a la calidad y cantidad de los espectáculos que se representaba en su terraza: tenían lugar los fines de semana de julio y agosto, y se hacían pases a la hora del vermut y por la noche; nunca había una mesa libre, y, por supuesto, El Pendejo y su camarilla ocupaban siempre una de primera fila desde donde se hacían notar incluso más que los propios artistas, entre los cuales, el más cotizado era un bailarín de flamenco procedente de Salamanca llamado Modestito de la Alhambra. Modestito hacía las delicias del respetable con su número «El Berevito») que se veía forzado a repetir una y otra vez a instancias, sobre todo, de la camarilla de El Pendejo, que nunca ahorra en propinas. Modestito se cimbreaba como una culebra mientras cantaba: «que viene el Berevito por allí/ que

viene el Berevito por allá/ sha, sha)), y con el «sha, sha» daba dos taconazos en el suelo que eran coreados por las palmas del público con un entusiasmo delirante. Luego venían contorsionistas, magos, y cosas así, pero ya no era lo mismo; después de «el Berevito») todo resultaba insípido. Nosotros, los chavales, mirábamos todo aquello con curiosidad, mezclados entre los espectadores de a pie, el pueblo llano, que siempre había alrededor de las mesas y que no paraba de comentar sobre los entresijos del espectáculo; así, nos enteramos de que Modestito usaba bragas en lugar de calzoncillos, transgresión ésta, que había sido hecha pública por las camareras del hotel en el que se hospedaba el divo. Las bragas de Modestito dieron lo suyo que hablar, pero a nosotros nos impresionaban más otros descubrimientos, como el que hicimos el día en el que una contorsionista juntó su cogote con sus talones; entonces fue cuando Carlos el Herrero, que nos tenía mucha confianza porque íbamos mucho por su fragua a que nos arreglase la bicicleta, nos dijo: ((fijáos, fijáos cómo se le marcan los labios)); nosotros le miramos desconcertados porque difícilmente se podían ver los labios si la contorsionista tenía la cabeza vuelta, pero él nos aclaró el equívoco y, sí, al dirigir la vista al sitio indicado pudimos comprobar que aquello no era liso, que había dos protuberancias paralelas y alargadas que nos dieron mucho que pensar.

Pero no todo eran mieles para Fonso el del Bar; justo a su derecha, separado por unos metros de huerta, tenía en el Hotel Central, un enemigo irreconciliable. En el Central, el hotel y el bar funcionaban como negocios separados, aunque los propietarios de ambos eran familia. El hermano más pequeño, Martín, era el que llevaba el bar. Martín era un señor al que unos ojos saltones y un bigote de ésos en que los pelos crecen hacia delante, y parece que te van a pinchar si te acercas, le daban un aspecto inquietante; todos sabíamos que había hecho la guerra en la Legión, en la que se había enrolado con apenas dieciséis años, lo cual contribuía no poco a la construcción de su leyenda de hombre fiero. El bar de Martín era un poco desastre a efectos hosteleros, pero eso no impedía que tuviese una clientela muy fiel que parecía sentirse allí como en su casa. Durante todo el año jugaban allí su partida de billar los tres o cuatro universitarios, cura incluido, que había en el pueblo, y su terraza era como una especie de casino para la juventud foránea que estaba de verano en Liérganes y alrededores. Martín daba un trato muy familiar a sus clientes, y con nosotros, los chavales, se entendía de maravilla; nos dejaba sentar en las mesas de su terraza, bajo la marquesina, cuando llovía y no había clientela, y se echaba largas parrafadas con nosotros a propósito de la pesca de la trucha de la que, todos, él y nosotros, éramos apasionados practicantes. Sin embargo, aquella camaradería que manteníamos con Martín no quitaba para que le tuviésemos un respeto bastante temeroso; conocíamos las historias que se contaban de él, y la facilidad que tenía para saltar por encima de la barra del bar y ponerse a practicar lo que había aprendido en la Legión con cualquier alborotador o, simplemente, con cualquiera que no



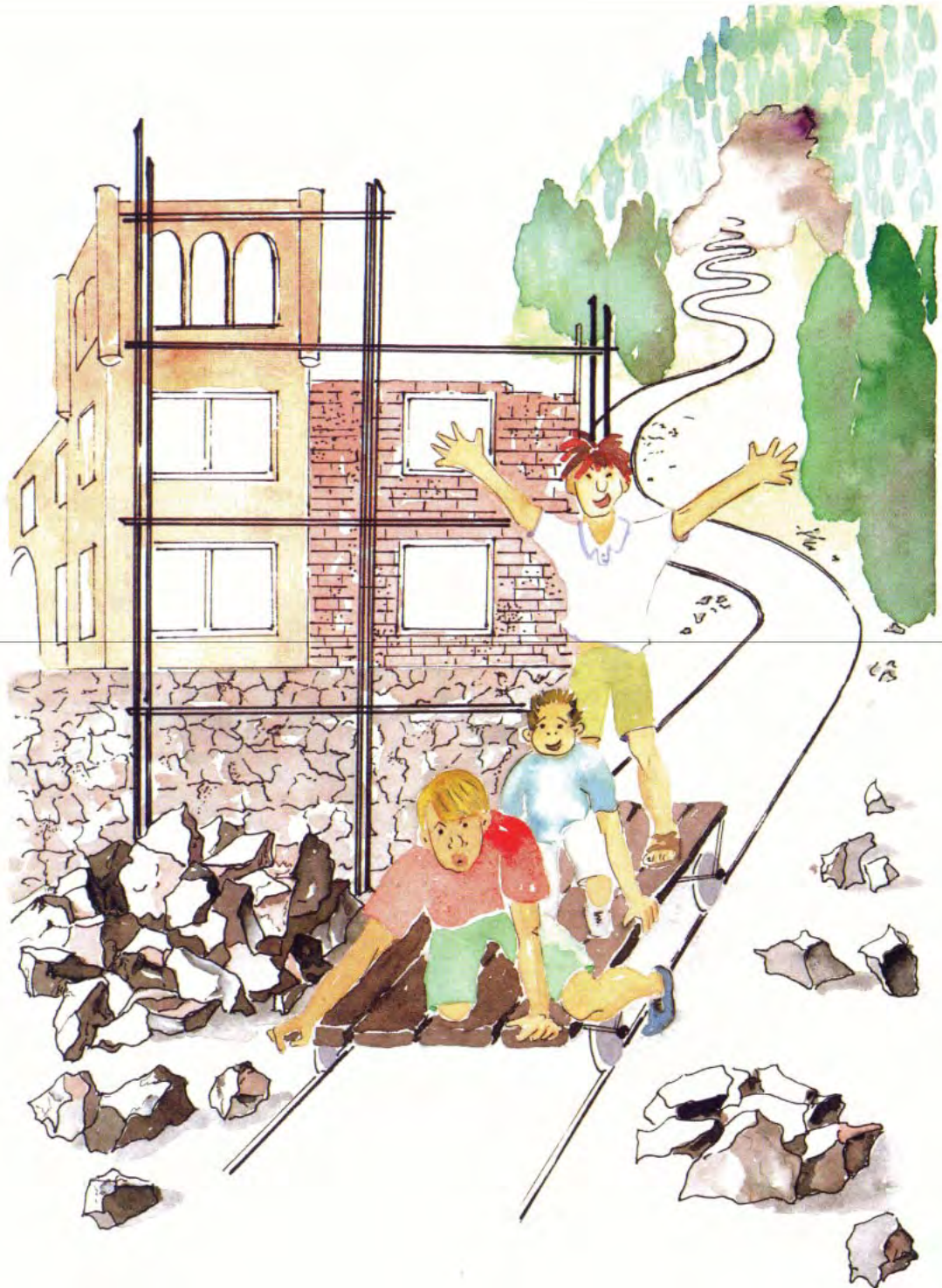
le cayese bien, como fue el caso de aquel pobre muchacho gibraltareño, que nos dejó tan **traumatizados** que estuvimos una temporada esquivando El Central muy a nuestro pesar. Aquel muchacho no había hecho otra cosa que pedir amablemente a la camarera que le cambiase la taza de chocolate porque tenía unos pelos dentro; apareció Martín en escena, agarró al chaval, lo arrastró a un reservado, y le molió a palos mientras le gritaba: ¡ **peloste** voy a dar yo a ti, desgraciado! El chico puso una denuncia en el cuartel de la Guardia Civil, pero, ya fuese por su procedencia gibraltareña, ya fuese porque Martín era intocable –de esto había suficientes **pruebas**– todo quedó en una anécdota más de las muchas que protagonizaba Martín.

Cuando más se llegó a hablar de Martín, aunque en voz muy baja, fue cuando empezó a haber atentados terroristas contra el Hotel Cantábrico; un día era el billar, otro el coche de Fonso lo que aparecía quemado, pero nunca se llegó a dilucidar la **autoría** de tales desaguisados: la Guardia Civil no se molestó en acreditar con la resolución de estos casos su aureola de policía infalible. La gente no paraba de hacer conjeturas y todas las sospechas se centraban en Martín; se le conocía un odio sin fisuras hacia Fonso, por quien, se decía, sentía una envidia mortal, cosa, por otro lado, más que justificada dadas las diferencias de prosperidad de uno y otro negocio: el Central en invierno, por comparación con el Cantábrico, parecía un desierto, lo cual, sin duda, le daba a Martín mucho tiempo para cavilar. A nosotros, aquella guerra sin sentido nos llenaba de zozobra porque no entendíamos nada y nos costaba tomar partido; quizá fue por entonces cuando empezamos a tomar conciencia de que acababa de haber una guerra que todavía traía cola.

Pero la prosperidad también acabó por llegar al Central; fue después de **terminadas** todas las infraestructuras sufragadas por la generosidad de don Camilo. Un buen día las excavadoras comenzaron a sacar tierra de la huerta que separaba a los dos hoteles rivales y al poco tiempo ya había allí una cafetería con una terraza elevada sobre el Bulevar que nos dejó a todos boquiabiertos por su tamaño y modernidad. Todo el mundo se hacía lenguas sobre la financiación de aquellas magníficas instalaciones, y, como siempre pasa en estos casos, no faltaron malintencionados que echaron mano de las funciones de jefe que Martín desempeñaba en las oficinas comarcales del sindicato vertical: se dijeron cosas muy feas al respecto, y nunca se sabrá si fueron debidas a la envidia que siempre causa la prosperidad ajena o a la perplejidad propia de quien ve un abultado cambio de fortuna para el que no se encuentra explicación: el viejo Central había sido un negocio tan cutre que difícilmente se podía concebir que hubiese dado para ahorrar tanto dinero como había tenido que costar el nuevo «**Hombre Pez**»), que así fue como bautizaron a la flamante cafetería. No tardó la cafetería de El Hombre Pez en no poder dar abasto, y, con ello, a cesar las habláduñas: dejó de haber motivos; Martín era ya un hombre rico que se mataba a trabajar y, por otra parte, nunca volvieron a

ocurrir desgracias en el Cantábrico: si no la paz, la prosperidad había traído, al menos, el armisticio entre los únicos herederos de las viejas rivalidades ya olvidadas por el público en general, a juzgar por la ausencia de cualquier problema de convivencia entre los otros establecimientos, la Estación o el Continental, por más que sus dueños tuviesen una más acusada significación política.

La fonda de la Estación, por ejemplo, era de los hermanos de Eugenio Perojo, el que fue nombrado alcalde en la época en la que don Camilo lo mangoneaba todo en el pueblo, y nunca se supo que esta circunstancia, tan significativa en aquellos tiempos, influyese, ni poco ni mucho, en la marcha del negocio ni en la composición de su clientela, que en gran medida estaba ligada a los ritmos de partida y llegada del tren. Desde las primeras horas de la mañana había gente en el bar de Perojo tomando fuerzas antes de embarcarse para ir a trabajar a Santander, y luego, entre llegada y partida, partida y llegada, los ferroviarios no paraban de saciar allí la sed que al parecer les provocaba el ejercicio de su profesión. El mismo Eugenio había llevado sin pena ni gloria aquel bar antes de dedicarse al negocio de la madera, en el que tanto éxito tuvo que en un plis-plas se convirtió en millonario, o, al menos, eso fue lo que dio a suponer la magnífica casa que se hizo construir enfrente de la fonda de su familia, justo lindando con el río. La construcción de aquella casa no fue algo que nos pasase inadvertido a los niños, y no sólo por ser la primera obra de envergadura que veíamos en nuestra vida, sino, también, debido a las enormes cantidades de piedra que fue necesario acarrear hasta allí para levantar un muro que la defendiese del río. Para conseguir la piedra se abrió una cantera en las faldas del Monte Cueto, y, para transportarla, se tendió, de la cantera hasta pie de obra, una vía férrea de unos doscientos metros por donde circulaban unas vagonetas que, nada más ser vistas por nosotros pasaron a ser un codiciadísimo objeto de nuestro deseo; a la salida de la escuela nunca dejábamos de ir a merodear por allí a ver si se habían ido ya los obreros para ponemos a jugar con aquel sofisticado sistema de deslizamiento. No tardó en haber descalabros y prohibiciones rigurosísimas de acercarse por allí, pero, así y todo, era tanto el atractivo que tenía aquello que sólo cuando pusieron un guardián permanente consiguieron hacernos desistir. A resultas de todo aquello quedó para siempre una inestética cicatriz en las faldas del Monte Cueto y una fabulosa mansión que dio la medida de lo que era capaz Eugenio. Al poco de terminar la casa le nombraron alcalde, e inmediatamente comenzaron todas aquellas obras de las que ya he hablado y que en el pueblo se relacionaron siempre con el amor que nos tenía don Camilo. Y, a todo esto, la fonda de la Estación siguió como siempre, con sus ferroviarios y demás modesta clientela, sin que nunca se notase que los avatares de la política, que tan de cerca parecían tocarle, le afectasen lo más mínimo; de hecho, cuando los demás hoteles y bares expandieron sus negocios, en el Hotel Estación apenas se pasó de una mano de pintura.



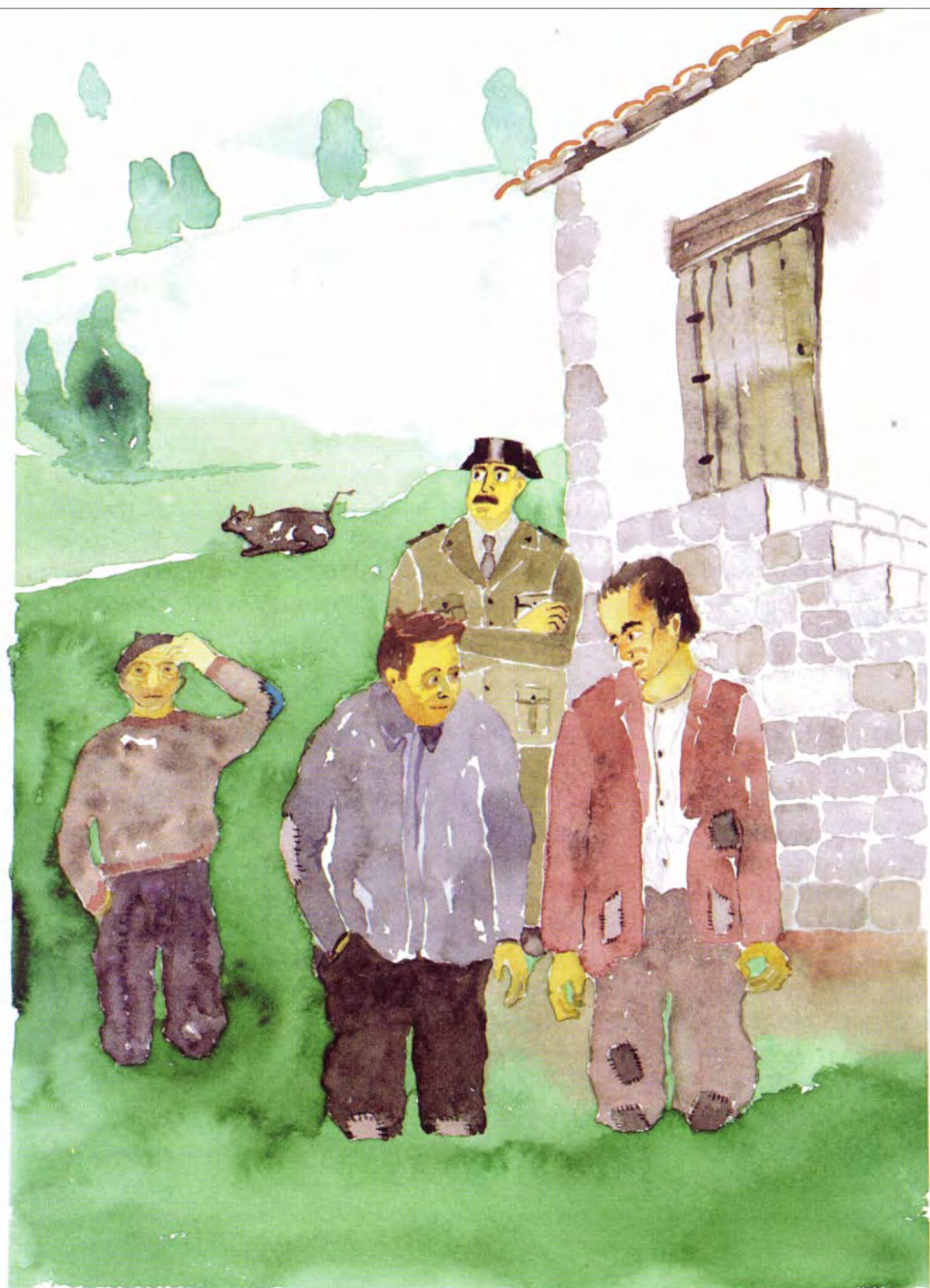
El Hotel Continental era mucho más conocido como el de Las Cariñosas por ser éste el sobrenombre de sus dueñas, dos hermanas solteras de mediana edad de las que lo único que se sabía era que procedían de San Roque de Riomiera y que eran familia de El Cariñoso, el maqui que había traído en jaque a todo el valle en los años de la inmediata posguerra. En la terraza de Las Cariñosas no había música, ni se daban espectáculos, lo que lo convertía en un mundo aparte que pasaba casi inadvertido, lo mismo que sus propietarias, a las que era difícil ver deambular por el pueblo o tener otros tratos con la gente que no fuesen los exclusivamente profesionales. Era un hotel con fama de serio y de dar calidad; su restaurante era muy apreciado por los entendidos, que decían que no había sitio en el mundo donde se comiese mejor merluza a la romana que allí. Su bar tenía muy poca clientela local, pero era muy utilizado por los pasiegos, y por gente de las cabañas en general, como lugar de encuentro y reposición de fuerzas, y sabe Dios qué otros negocios. Lo que se pudiese cocer allí dentro nunca traspasaba su puerta, y la gente del pueblo no parecía sentir curiosidad por averiguarlo: era como si todo el mundo estuviese conforme en salvaguardar el aire de misterio de un lugar tan ligado por su nombre al punto más espinoso de nuestra historia reciente: El Cariñoso.

Por regla general en Liérganes nunca se hablaba de El Cariñoso, pero, cuando se daba el caso, se enumeraban hechos y, como de pasada, se rozaba el trasfondo político del asunto. Se sabía que era de San Roque y que, el mismo día en que las tropas de Franco habían llegado allí, se había echado al monte huyendo de unos vecinos suyos que le habían ido a buscar a su casa para ajustarle no se sabía qué cuentas, porque, según se rumoreaba, en San Roque no habían existido bandos políticos propiamente dichos, sino que las rivalidades a muerte habían sido provocadas por la competencia entre las dos tabernas que había en la plaza del pueblo; por lo visto, los asiduos a la taberna de El Cariñoso habían llevado la batuta en el Ayuntamiento durante la época de la República, circunstancia ésta que sirvió para justificar su persecución una vez llegadas las tropas denominadas ((nacionales)) al lugar. Así fue como El Cariñoso se convirtió en un «huido» —nunca decíamos «maquis», y raramente «bandido»— y, como consecuencia, toda su parentela tuvo que abandonar el municipio, instalándose los más de ellos en Liérganes, en donde, aparte del Hotel Continental, tenían una carnicería que funcionaba a las mil maravillas.

No tardó El Cariñoso en organizar su partida, y, con ella, el comienzo de los secuestros y extorsiones, y, también, como siempre pasa en estos casos, no faltaron los encargados de construir su leyenda de bandolero romántico que quita a los ricos para dárselo a los pobres. De entre todas las barbaridades —o actos justicieros para los amantes de la leyenda— que se le atribuían a El Cariñoso, la más sonada, hasta casi eclipsar el resto de su carrera, fue el secuestro de Gabriela

Recio, una señora que era madre de una numerosa prole y esposa de un señor tullido, y que además, no parecía que fuese tan rica: la fábrica de quesos que tenía su familia no era cosa que pudiese dar para mucho más que para ir tirando tantos como de ella vivían. ¿Por qué precisamente Gabriela? Nunca oímos nada que justificase tal objetivo; es posible que sólo hubiese sido escogida por razones de facilidad técnica, lo cual, por más neutro que sea, no quita para que, de rebote, por la natural malicia humana, haga planear sobre la víctima una sombra de sospecha de culpabilidad. ¡Tanta familiaridad con la Iglesia! Don Emilio, el cura párroco, pasaba muchas horas cada día en casa de los Recio, y si bien nadie podrá saber nunca si esta amistad pudo influir en la elección de los secuestradores, sí se supo que, gracias a don Emilio, Gabriela salvó en última instancia el pellejo. Según corrió la historia, después de estar retenida varios días en los que los huidos la obligaron a recorrer grandes distancias, de guarida a guarida, para despistar a las fuerzas de seguridad, la familia consiguió reunir el dinero del rescate; pagó, y fue liberada; apenas había llegado a su casa cuando fue detenida por la Guardia Civil, acusada de colaboración con banda armada –por haber pagado el rescate– y condenada a la pena máxima; fue entonces cuando don Emilio salió zumbando para Santander a pedir al obispo que intercediese por ella, cosa que el obispo hizo con diligencia y eficacia porque a los pocos días Gabriela estaba de vuelta con los suyos, sana y salva, y con la aureola de mujer con arrestos que acababa de ganarse a pulso.

Las demás anécdotas que se recordaban en relación con El Cariñoso tenían que ver con la densa militarización a que estaba sometido todo el valle. Aparte de la Guardia Civil, había un destacamento de la Policía Nacional -los famosos «grises»- y otro del Ejército. La actividad era frenética, con continuos desplazamientos de tropas de aquí para allá a los más mínimos rumores de presencia de los huidos en donde quiera que fuese; no faltaron las escaramuzas, ni tampoco los muertos y heridos. Había toque de queda, cosa que la gente se tomó muy en serio, porque a partir de la hora señalada, lo mismo los guardias, que los policías, o los soldados, disparaban contra todo lo que se movía: se decía que habían aparecido burros, vacas, y demás bestias, acribilladas a balazos en los sitios más recónditos. Una idea del miedo reinante en el ambiente la da el hecho de que en las casas en donde vivían personas susceptibles de ser objetivo de los huidos se procediese al blindaje de puertas y ventanas como medida de precaución. Lo último que se supo de El Cariñoso es que había caído muerto a balazos, en Santander, cuando intentaba escapar en barco hacia América. Siempre se sospechó que alguien le había delatado, porque sólo así se podía explicar que cuando salía de una pensión de El Muelle para ir a embarcarse le estuviesen esperando docenas de policías que no le dieron la más mínima oportunidad de defenderse: le dispararon tanto que luego costó reconocerle.



Con la muerte de El Cariñoso las cosas fueron volviendo a la normalidad en Liérganes, pero no para todos: los que vivían en las cabañas de las cabeceras habían quedado marcados por la sospecha de haber colaborado con él y muchos fueron los que tuvieron que soportar durante años el acoso investigador de la Guardia Civil, sobre todo de un sargento al que llamaban El Niño, que subía a las cabañas para obligarles a rezar interminables rosarios puestos de rodillas sobre la hierba húmeda, y al que protestaba, bofetada va, bofetada viene; no es probable que con estos métodos consiguiese sacar algo a alguien y puede que tampoco lo pretendiese: con humillarles seguro que tenía bastante. Todos, y los de las cabañas supongo que más, nos sentimos muy aliviados cuando El Niño desapareció del pueblo; a nosotros nos caía francamente mal y sentíamos una pena sincera por sus hijos a los que, cuando se bañaban, podíamos ver el torso cruzado por las señales violáceas dejadas por los correazos que les daba su padre por un quítame allá esas pajas.

Si la Guardia Civil fue la encargada de martirizar a los sospechosos, fue el ya citado don Emilio quien se ocupó de santificar nuestras vidas con su incesante acción pastoral. Don Emilio —también conocido por la chavalería como Nordá por la costumbre que tenía de rematar sus afirmaciones con la muletilla: qnordá? Lnordá?)); en realidad lo que quería decir era: «¿no es verdad?)), como esperando una confirmación ineludible—, era un señor regordete de pelo blanco al que nunca nadie consiguió ver, excepto cuando estaba oficiando, sin un cigarrillo de caldo de gallina en la boca o en la mano; caminaba siempre despacio, arrastrando sus botos con elástico, y cuando se cruzaba con la gente saludaba escuetamente, como escurriendo el bulto. Salvo en sus homilías, consideradas como soporíferas hasta por sus más adeptos, era persona de pocas y apenas inteligibles palabras. La única actividad que se le conocía, fuera de las propias del culto, era la de visitar una serie de casas, todas ellas, excepto la de los Recio, habitadas por señoras mayores, viudas o solteras; algunas de ellas eran las encargadas de nuestra catequesis, como las hermanas Riaño, en cuyo estratégico mirador de El Cantón se le podía ver tardes enteras con aire somnoliento y venga a echar humo. Pero la parquedad en el trato de don Emilio se compensaba sobradamente con la exuberancia de su actividad litúrgica. Nos tenía ritualizada la vida hasta el límite de la exasperación: la misa pequeña, a las ocho de la mañana, en El Humilladero, para beatas que comulgaban y amas de casa en general; al mediodía, la misa mayor en la parroquia, para los hombres, señoras de postín, y chiquillería debidamente separada por sexos, vigilada y coscorroneada por María Luisa Riaño; el rosario y la bendición, a las tres y media, recién comidos y con ganas de dormir; las consecutivas novenas, a la caída de la tarde, en ésta o aquella ermita, que nunca faltaban santos a los que festejar; los primeros viernes de mes consagrados al Sagrado Corazón; los primeros sábados, a la Virgen María; por no hablar de la Semana Santa, con su Descenso, y procesiones que nos tenían



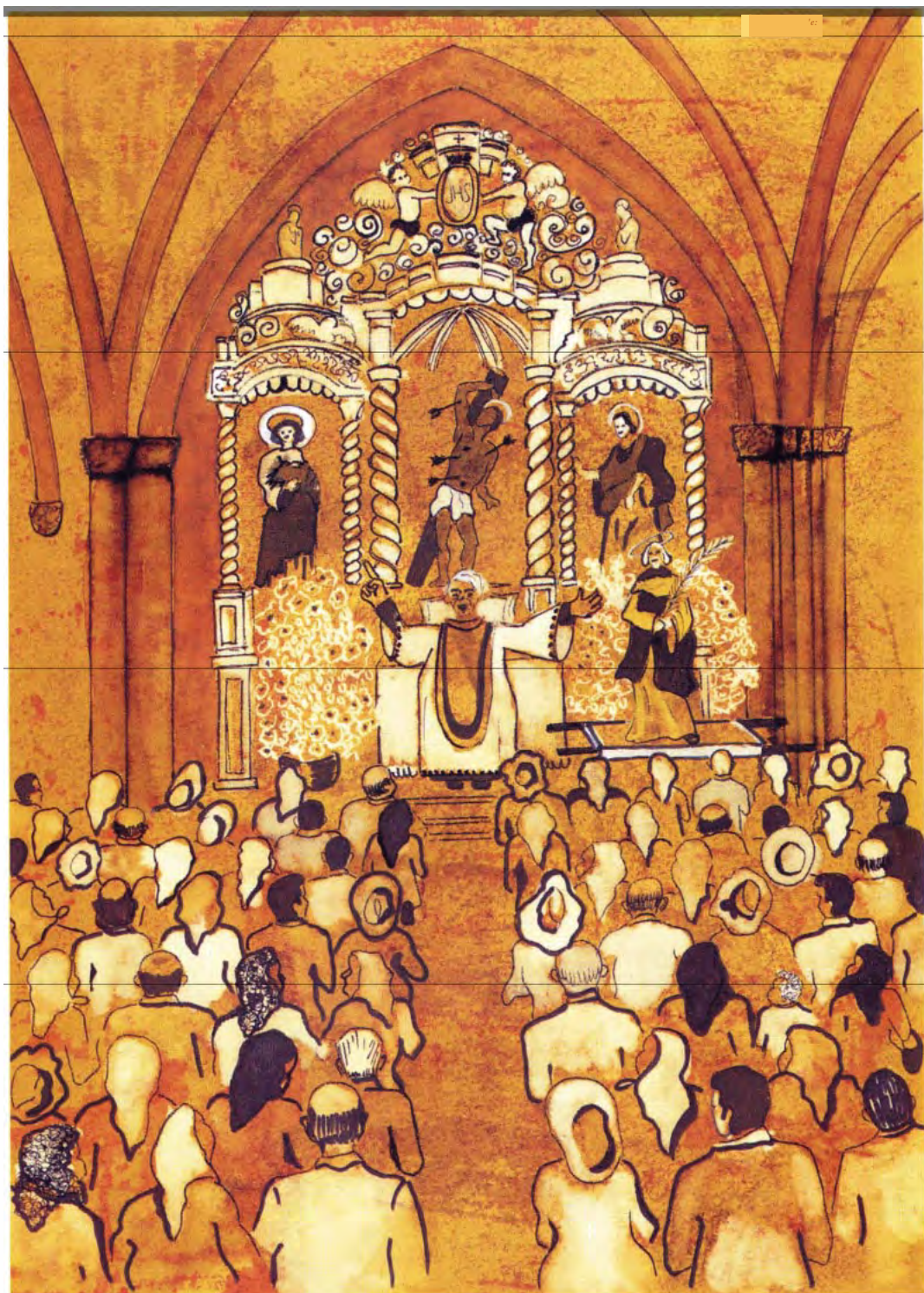
empleados a dedicación completa. Y por si lo mentado fuera poco, las misiones: se presentaban en el pueblo unos padres capuchinos con unas barbas muy largas y todo se paraba para poder ir a escuchar sus interminables peroratas; y ¡venga rosarios de la aurora! --«El demonio a la oreja te está diciendo1 no vayas al rosario, sigue durmiendo»), se cantaba a horas intempestivas por las calles más céntricas-, y vigiliias, y comuniones masivas: aquello era el delirio; todo el día fuera de casa y sin escuela ni trabajo. Se rumoreaba que don Emilio llevaba muy bien las cuentas de quién participaba y quién no en todos estos eventos, y que en cierta ocasión había denunciado a El Churumbelo –la persona más pobre del pueblo– por estar trabajando en su huerto en fiesta de guardar. Fuera como fuese Don Emilio de inquisidor, el caso es que a nosotros, los niños, nos tenía muy ocupados, y nuestras familias, sin duda, se lo agradecían una barbaridad y ponían de su parte todo lo necesario para que no nos perdiésemos ni una de las oportunidades que don Emilio nos brindaba de allanar el camino del cielo.

De aquel acoso eclesiástico lo único que los chavales aceptábamos con gusto era lo relacionado con las fiestas de San Pantaleón, el patrón del pueblo. Todo empezaba por el anuncio que hacía Nordá –algunos desconsiderados le llamaban Cabestro– en la homilía de misa mayor del comienzo de la novena en honor del santo en la ermita de San Sebastián –nosotros la llamábamos de San Pantaleón–; eran nueve días de preparación para poder llegar al gran día en inmejorables condiciones espirituales. La ermita de San Sebastián estaba situada en un contrafuerte montañoso de unos cien metros de altura, delimitado por los ríos Rañada y Batán; desde allí se tenía una panorámica envidiable de todo el pueblo, desde el barrio de La Rañada hasta el del Calgar, y Los Picos, justo en frente, al otro lado del río. Era hacia las siete de la tarde cuando empezaban a sonar las campanas convocando a la feligresía, y nosotros, tan pronto las oíamos, lo dejábamos todo e iniciábamos la ascensión por el callejo que salía de El Cantón, entre la carnicería de Los Cariñosos y la casa de Valentín Castañas: ((ivalentín las tira y Adelaida las apaña!))-Adelaida era la mujer de Valentín y tenía un puesto de frutas y verduras–. Hacíamos carreras, a ver quien llegaba antes, y, una vez arriba, nos entreteníamos resquilando a las copas de las cajigas centenarias que rodeaban el templo, hasta que veíamos llegar a don Emilio, resoplando y echando más humo que la máquina del tren; entonces abandonábamos nuestras posiciones y nos colocábamos alrededor de la puerta y, tan pronto don Emilio la abría, nos colábamos dentro y nos poníamos a inspeccionarlo todo. Lo que más hacía nuestra delicia era escurrirnos, aprovechando el descuido de las beatas que seguían el rosario con fervor, a la parte posterior del templo para subir por la escalera del campanario, cosa que teníamos terminantemente prohibida, porque los escalones estaban medio podridos y sólo Aurelio el Campanero sabía en donde se podía pisar sin peligro de caer al vacío; nunca tuvimos el menor contratiempo en nuestras ascensiones y una vez en la cima era mucho

lo que teníamos para mirar, porque allí estaban los engranajes gigantescos del reloj que marcaba la vida del pueblo: nos quedábamos fascinados contemplando el lento girar de las ruedas, esperando con impaciencia que se desatase el mecanismo que accionaba el martillo que golpeaba contra una de las campanas; cuando por fin sonaban las horas dábamos por concluida nuestra investigación y descendíamos justo a tiempo de escuchar las últimas consideraciones que hacía don Emilio sobre la vida y los milagros de San Pantaleón.

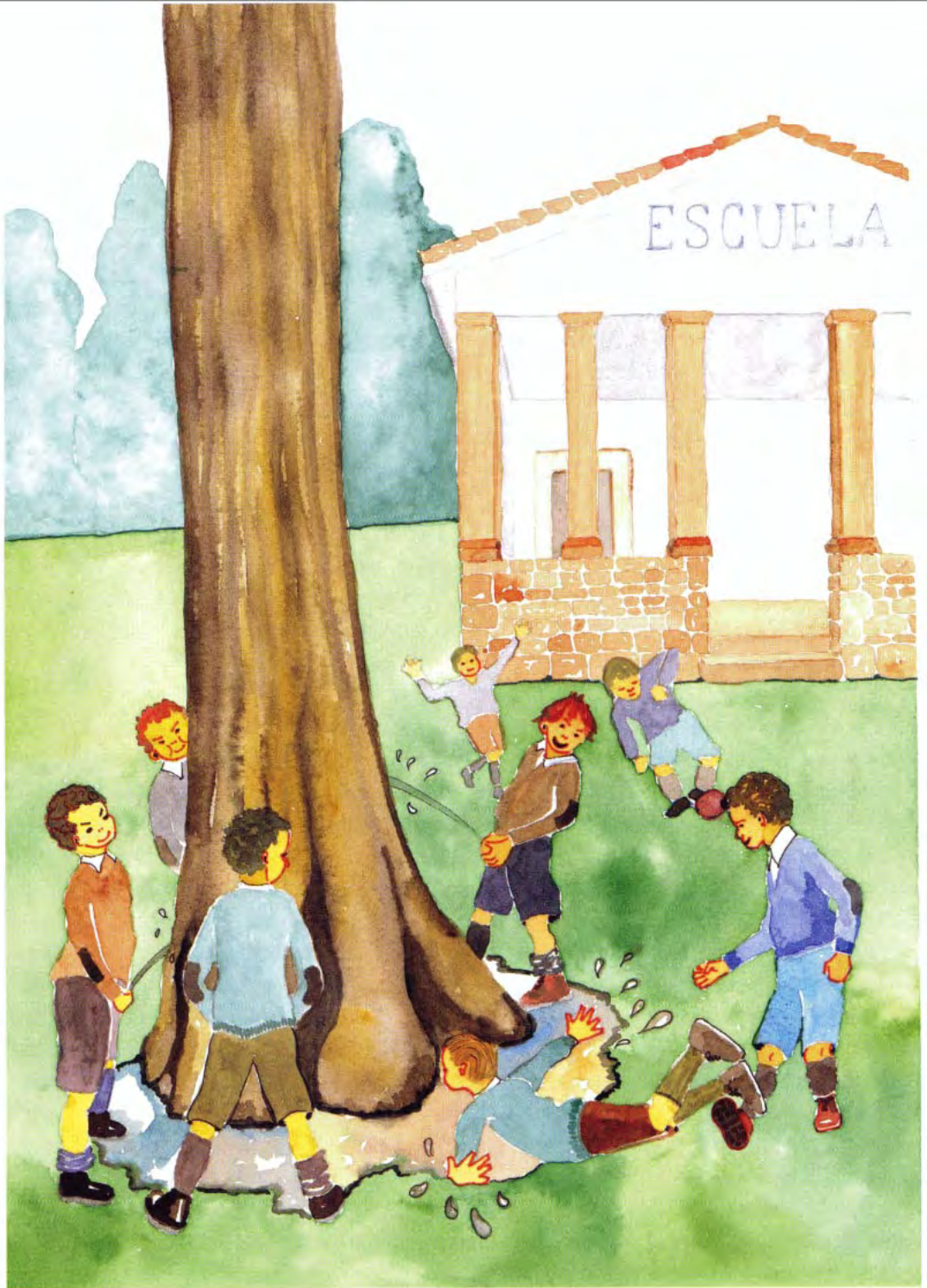
Cuando por fin llegaba el día esperado teníamos el espíritu tan preparado que casi entrábamos en delirio; vestidos con nuestras mejores galas llegábamos a la ermita con horas de antelación para no perdemos el más mínimo detalle de todos los preparativos que se llevaban a cabo bajo la supervisión de Pepe el Obispo, quien reunía en su persona las funciones de sacristán, alguacil y pitero: descolgaban al santo de su urna del retablo barroco y le colocaban sobre unas andas junto al altar; colocaban ramos de laurel y romero por todas partes; ajustaban los escalones de la subida al coro en el que se había de emplazar la orquesta. Llegaban los danzantes, don Emilio resoplando, las autoridades, algunos veraneantes y demás público en general, y cuando aquello estaba que ya no se podía más de colores, olores y griterío, comenzaba la representación y todo quedaba como en suspenso. Don Emilio oficiaba como si fuese Dios a los sonos de la orquesta; los kyries, el evangelio, la pintoresca homilía que nos sabíamos de memoria, el obligado ofertorio y, por fin, el momento más esperado, la consagración, momento en el que la orquesta se descolgaba con una emotiva interpretación de *El Sitio de Zaragoza*, que nos removía las más profundas entretelas del alma; verdaderamente, aquello era la gloria. Después, agarraban al santo y lo llevaban en procesión alrededor de la iglesia; delante iban los danzantes, haciendo malabarismos con sus varas multicolores al son del pito y el tambor; detrás, la orquesta, que tocaba pasodobles cuando los danzantes se agotaban; a continuación don Emilio y toda su curia revestidos de oro y plata como salidos del mismísimo cielo; luego las autoridades y detrás el pueblo llano; y alrededor de todo, los muchachones de la comisión de festejos tirando cohetes sin parar, y nosotros, la chiquillería, corriendo de aquí para allá para estar en medio de todo: nos parecía que aquello era el centro del universo, y cuando todo acababa quedábamos desconsolados y emprendíamos la bajada silenciosos, como si ya no nos quedase nada por ver y hacer en este mundo.

Otro de los placeres que nos procuraba don Emilio era el de poder acompañarle, mentalmente o de viva voz, en el comienzo de todas sus alocuciones: las conocíamos al dedillo. No había domingo que no comenzase su homilía con el siguiente latiguillo: ((quierencontraer matrimonio según lo manda la Santa Madre Iglesia y el Concilio de Trento lo dispone, fulanito y menganita, hijos legítimos o naturales –diferenciación que era de vital importancia dejar bien establecida, por lo que



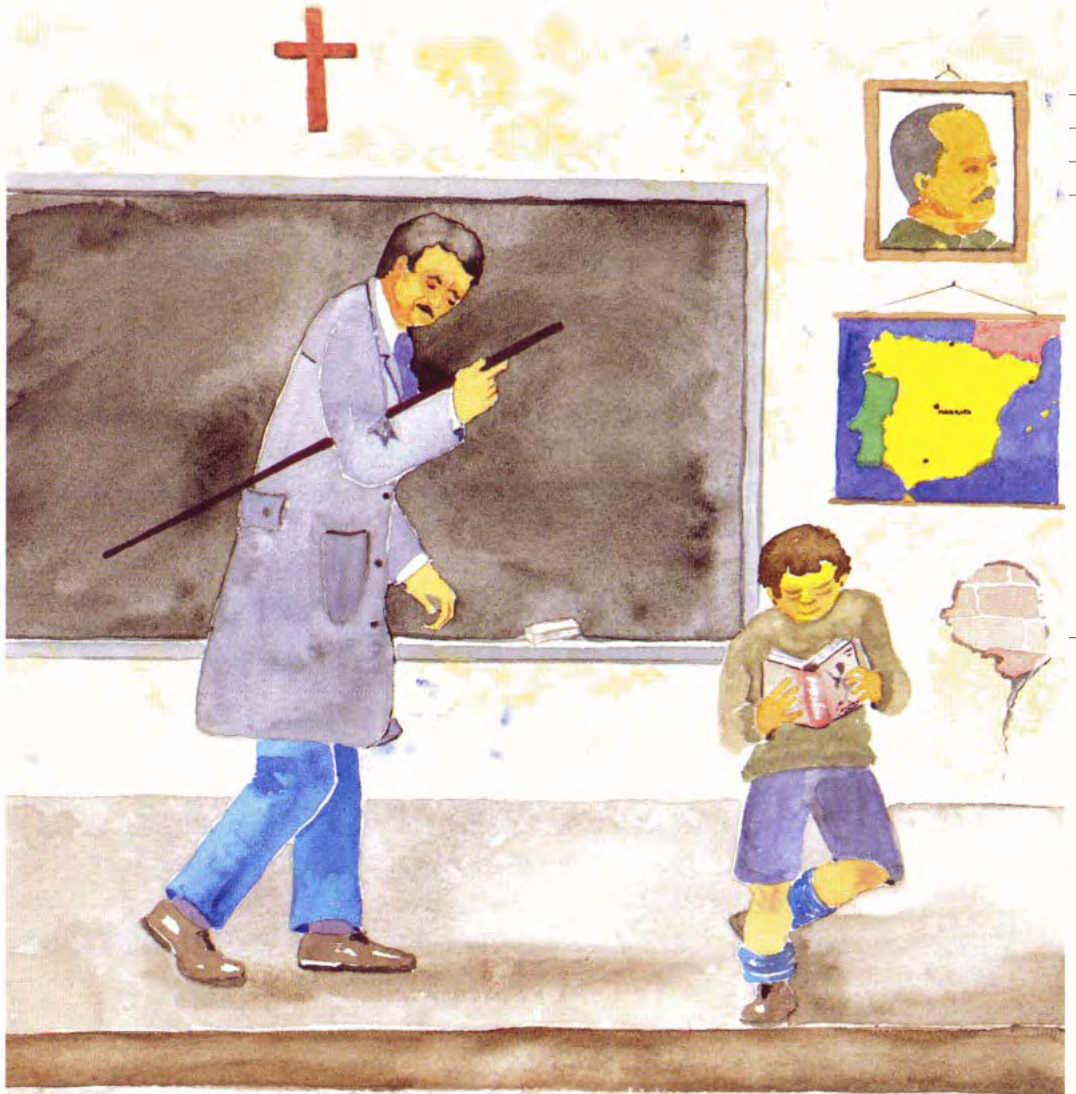
daba para comentarios—, de fulano y mengana; si alguien sabe de algún impedimento tiene la obligación de manifestarlo, advirtiendo que es la primera, o segunda, o tercera, amonestación)); a veces, cuando era el caso, seguía así: ((este viernes será Primer Viernes de mes, los cultos que se celebren en honor del Sagrado Corazón serán los cultos ordinarios...)); y el día de Navidad: ((costumbre de cristianos es, en estas fechas, felicitar las Pascuas a los seres más queridos; nadie más querido para un párroco que sus feligreses...)) e iba citando una por una a las autoridades y después a los que se habían ido al otro barrio, y un largo etcétera que no nos interesaba en absoluto. Desde luego don Emilio era un tipo bien previsible, que lo quería tener todo siempre en su sitio: no había el menor desliz moral en su feligresía que no estuviese dispuesto a condenar desde el púlpito. Sobre todo, era la vestimenta de las mujeres —o ((mogerew, como él decía— lo que le traía a mal traer; en esto no le ganaban ni los talibanes de Afganistán; citaba por su nombre y apellidos a la que osaba enseñar más de lo que a él le parecía adecuado, que era más bien nada, y en cierta ocasión anatematizó uno por uno a todos los señoritos y señoritas del pueblo que habían acudido a un baile de disfraces en el Hotel Santanderino: dejó a todo el mundo boquiabierto, y a los anatematizados más; hay que tener en cuenta que entre ellos estaban muchos de los mejores clientes de don Emilio, de los que le esperaban a la salida de la misa mayor para acompañarle hasta su casa. La verdad es que nosotros, a pesar de las burlas que le hacíamos, le teníamos un respeto fuera de toda cuestión; era lo más parecido a un santo que conocíamos y, quizá por esto, nos extrañaba tanto que fuese verdad lo de que se pasaba las noches pidiendo perdón a Dios, una y otra vez, con voz tan alta que despertaba a los vecinos: ¿cómo podía tener tantos remordimientos don Emilio? Para nosotros era una incógnita imposible de despejar.

Si don Emilio era el encargado de prepararnos para entrar por la puerta grande en la otra vida, don Siro con su inseparable palmeta, era quien tenía en sus manos convertimos en personas de provecho machacándonos las nuestras al menor desliz. No era un mal maestro; llevaba la escuela con una disciplina espartana y nunca nadie consiguió subírsele a las barbas, y eso que había alumnos muy mayores que habían echado los dientes con los juegos de la guerra. La escuela estaba a mano izquierda de la carretera que bajaba desde el Cantón hacia el Bulevar, sobre un altozano, teniendo enfrente la gran finca de El Retiro, con su enorme caserón cerrado siempre a cal y canto, y a sus espaldas la finca de La Atalaya, en la que había un laberinto en forma de caracol, hecho a base de boj, que no dejábamos de explorar siempre que la ocasión era propicia. La escuela era un edificio muy notable, de corte neoclásico, con un portalón considerable en el que pasábamos los recreos los días de lluvia; para los días con sol teníamos un amplio patio que rodeaba todo el edificio, lo que lo hacía ideal para organizar carreras, los del Mercadillo contra los de La Rañada, a ver quién ganaba. Delante de la escuela,



a mano izquierda, había una secoya gigante rodeada siempre por un gran charco que nosotros nos encargábamos de mantener siempre activo con nuestras evacuaciones líquidas; lo primero que hacíamos al salir al recreo era ponemos a su alrededor –cabíamos más de veinte y apuntar a cualquiera de los agujeros que se habían ido formando en el tronco para ir agrandándolos con nuestros chorros a presión: había verdaderos concursos para ver quién conseguía una técnica más perfecta. A veces jugábamos a echar zancadillas con la intención de que alguno resbalase y cayese en aquel charco y se pusiera perdido; cuando había éxito era la risión general y teníamos motivos para burlamos de la víctima para rato, porque, para más inri, don Siro le obligaba a sentarse en la mesa de los apestados, al fondo de la escuela, donde no se le pudiese ver ni oler. Nuestros días preferidos eran los miércoles; ese día, hacia la media mañana, don Siro encargaba del orden a alguno de los mayores, agarraba la bicicleta y se iba al mercado de Solares a hacer la compra; a nosotros nos llamaba la atención una barbaridad que un hombre se pudiese dedicar a una tarea tan propia de mujeres, y sólo lo comprendíamos en parte porque sabíamos que su mujer, la maestra de las niñas, andaba siempre medio malucha. Se decía que iba hasta Solares a comprar para ahorrarse una peseta de puro «agarrao» que era; gracias a esta cualidad que se le suponía pudimos aprender lo de «ser más agarrao que un chotis»), lo cual fue un descubrimiento muy celebrado que se usó mucho siempre que se presentaba una ocasión, cosa más que frecuente en aquellos tiempos de penuria.

Pero no todo era palmeta con don Siro, también nos proporcionaba su dosis de pedagogía lúdica -esa que tan de moda está hoy en día–; el invento consistía en hacer subir a alguien a la tarima y, tras ponerle una versión abreviada de El Quijote en las manos, mandarle leer los pasajes más divertidos; así consiguió que la lucha contra los molinos de viento, o los amores de Maritornes, o la gran cagada de Sancho junto a los batanes, y tantas otras excentricidades, entrasen a formar parte de nuestra mitología a edades muy tempranas: nunca se lo agradeceremos bastante. Por cierto que lo de los batanes nos sirvió para enterarnos de que justo detrás de donde estábamos, en la finca de La Atalaya, había habido en la antigüedad unos, y por eso el riachuelo que la bordeaba se llamaba Batán. Después, un buen día, don Siro desapareció y fue sustituido por un señor al que era imposible respetar, porque tenía por costumbre escupirse en la mano para luego pasársela por el pelo con la intención, supongo, de parecerse a Rodolfo Valentino; no tardamos en bautizarle como El Manestro y algunos de entre los mayores mostraban su audacia dirigiéndose a él por tal mote, cosa que no parecía importarle lo más mínimo. Con El Manestro vivimos una corta temporada de anarquía; no usaba la palmeta, y al más mínimo rayo de sol que salía nos mandaba al recreo, y él se quedaba sentado en su mesa fumando sin parar: nunca se preocupó de vigilarnos. Por lo visto, El Manestro era uno de aquellos alféreces provisionales de la guerra a los



que, por razones diversas, Franco convirtió en maestros de un plumazo; nosotros le preferíamos a don Siro, pero lo bueno siempre dura poco y, pronto, nuestros padres, percatados sin duda de nuestra trayectoria, nos sacaron de la escuela para enviarnos a otras más disciplinadas; sólo se quedaron allí los niños de las familias más pobres del lugar.

El barrio más populoso de Liérganes era El Mercadillo, una calle en forma de ele que empezaba en El Cantón, bajaba suavemente hasta la Plaza del Marqués de Valdecilla –también conocida como de los Guardias, porque en ella estaba la Casa Cuartel, o de los Cañones, porque allí estaba la casa de tal nombre–, y tras doblarse en ángulo recto seguía levemente sinuosa, paralela al río, hasta el puente Batán que daba paso a la zona de El Bulevar. De los lados de la ele salían varios callejos, los de la derecha llegaban hasta el río y los de la izquierda iban al barrio de La Costera; en estos callejos, tierra de nadie, era, si el clima lo permitía, donde los chavales buscábamos nuestros entretenimientos de invierno. En invierno, como es lógico, no había veraneantes, lo cual nos proporcionaba la ventaja de tener a nuestra disposición una serie de lugares y suministros muy de nuestro gusto –los veraneantes nada tenían que ver con los agüistas; eran familias, por lo general madrileñas, que venían a pasar todo el verano en sus casas solariegas–. El punto de encuentro solían ser los bancos de piedra que había bajo el mirador de doña Rosa –otro de los frecuentados por don Emilio–; allí tomábamos las decisiones, organizábamos los bandos y preparábamos el material. Lo más frecuente era que acabásemos jugando «a las espadas»), decisión ésta que nos exigía como primera medida asaltar la huerta de los Rubio –unos veraneantes de Madrid– para proveernos de las varas de avellano que, automáticamente, convertíamos en las citadas espadas; después, divididos en grupos, nos distribuíamos por los callejos para tendernos emboscadas en las que íbamos cayendo y quedando fuera de juego; la victoria final era para los que conseguían hacerse con el portalón neoclásico que daba entrada al garaje de la casa de los Rubio; allí se producían los más encarnizados combates de esgrima entre los mejores, bajo la atenta mirada de los que estaban muertos; al final, siempre resultaba difícil saber quién había ganado, porque los perdedores no se resignaban y acusaban a los ganadores de haber hecho trampas: discutíamos más que hacíamos.

De entre todos los niños de El Mercadillo, el líder indiscutible era Mari el de Ciana; era un poco mayor que nosotros y se pasaba todo el día en la calle –por alguna extraña razón no asistía a la escuela– con lo que se las sabía todas; ser de su bando en las luchas callejeras era la mejor garantía para estar entre los victoriosos. Era alto, rubio, con ojos azules, y una agilidad fuera de lo común. Su madre era una viuda de guerra –habían fusilado a su marido por anarquista– que tenía un pequeño puesto de frutas, golosinas y «chistes» –así llamábamos a lo que ahora se

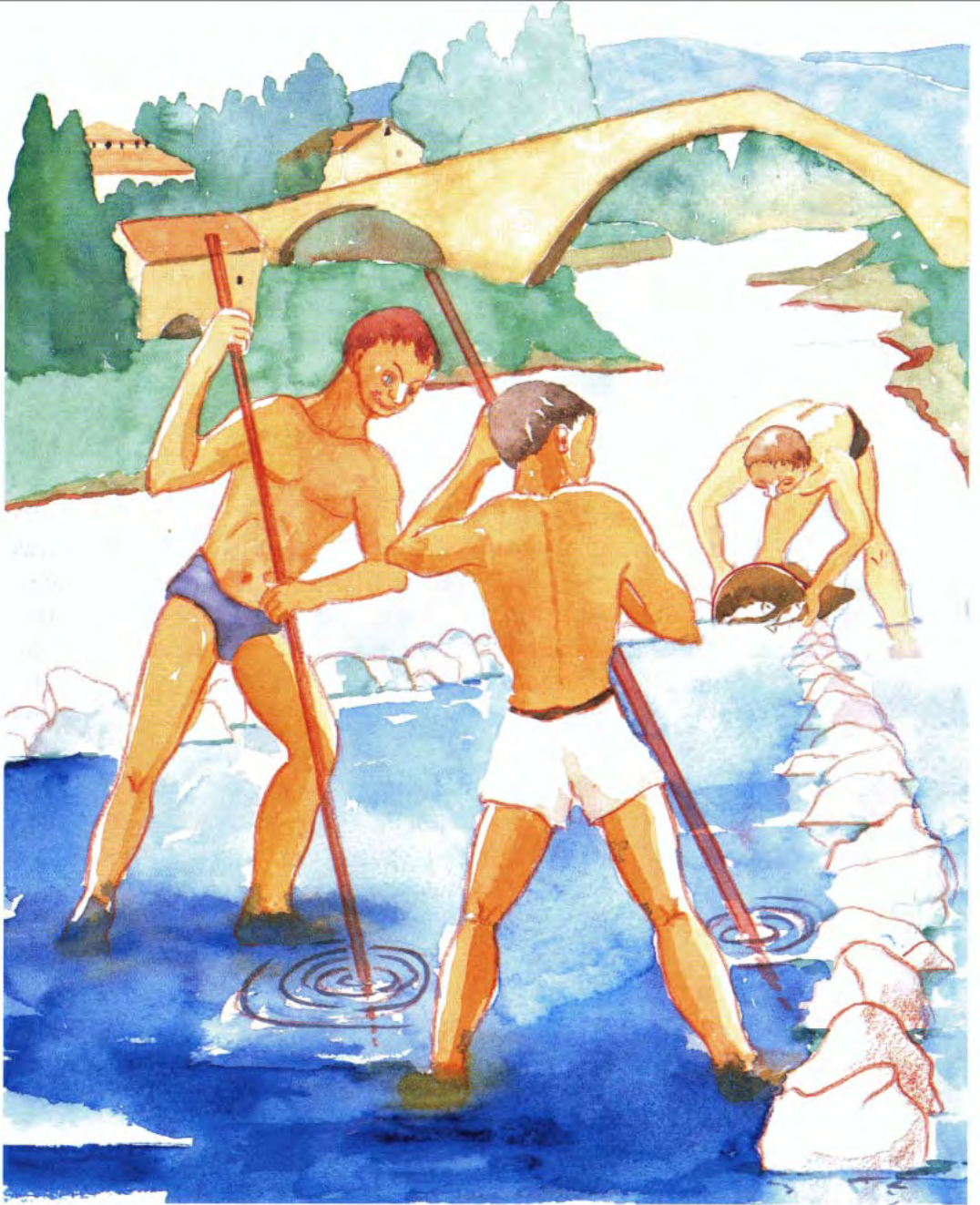


conoce como cómics- junto a la plaza de los Guardias; muchas veces Mari se quedaba a cargo del puesto, y nos dejaba ojear los últimos números de «El Guerrero del Antifaz») y de ((Roberto Alcázar y Pedrín)), lo que para nosotros era el colmo de la felicidad. Pero no todo eran amores por Mari; todos sabíamos que ni iba a la catequesis, ni a misa, ni, ni siquiera, había hecho la primera comunión; a lo que se añadía un lenguaje que incluía no pocas palabrotas e incluso blasfemias, todo lo cual nos llenaba de zozobra y remordimientos porque éramos incapaces de huir de su mala compañía como reiteradamente se nos indicaba por las autoridades competentes. A veces, Mari se descolgaba con consideraciones de tipo teológico, y entonces nuestro desconcierto alcanzaba grados próximos a la locura; tal fue el caso aquel día en el que, encontrándonos frente al caserón de El Retiro alguien señaló las figuras esculpidas bajo el frontón neoclásico de la entrada, una escuadra y un compás y cosas por el estilo, y dijo que aquello significaba que los dueños de la casa eran masones, una cosa de las peores que se podían ser en este mundo, que ni creían en Dios ni en nada, y que por eso habían tenido que huir de España después de la guerra, por lo cual la casa estaba siempre cerrada. Y entonces fue cuando Mari afirmó con un aplomo contundente que «no había dios»), y nosotros ya no pudimos más y nos revolvimos contra él como perros rabiosos con toda clase de argumentos incuestionables, pero él no dio su brazo a torcer y nos contestó que lo sabía porque se lo había dicho su madre: contra esto, nada nos quedó por responder y, entonces, optamos por distanciarnos de él durante unos días, pero pocos, porque su atractivo siempre acababa por vencer nuestras reticencias. Después, cuando llegaba el verano y trasladábamos nuestros juegos al río, Mari, que estaba muy atareado ayudando a su madre a distribuir finta por los hoteles, pasaba a segundo plano; entonces era la época de los Sañudos.

La familia Sañudo era para nosotros un pozo inagotable de curiosidad por su singular forma de vivir. Les habían expulsado de la vivienda que ocupaban en la parte trasera del cine y no habían encontrado sitio mejor para reinstalarse que un tabuco en los bajos de la casa de Emilio el barbero, justo enfrente de los bancos de doña Rosa, nuestro cuartel general. En aquel cuartucho, antiguo gallinero, se hacinaban padre, madre, y siete u ocho hijos por lo menos; siempre tenían la puerta y el ventanuco abiertos de par en par, lo cual nos permitía una libertad total para la intromisión y observación directa de los entresijos del hogar. A veces, cuando alguien mostraba extrañeza por aquel hacinamiento, Quiquines, o cualquiera de los hermanos, nos decía que todo era cuestión de saber organizarse, y detallaba con orgullo cada una de las normas que seguían para encontrarse allí como si estuviesen en un palacio; al final casi sentíamos envidia por aquella convivencia tan estrecha, libre de cualquier miedo a las tinieblas de la soledad; poder estar todo el día rodeado de padres y hermanos es algo que pocos niños no desean; claro que, el hecho de que tuviesen que cagar y mear, a la vista de todos, en un caldero, era algo que nos hacía

dudar de aquella felicidad de los Sañudo. Los Sañudo eran trabajadores e ingeniosos como ellos solos y a nosotros nos gustaba hacer de mano de obra para sus empresas; a veces les acompañábamos a la estación a buscar escarabilla, un subproducto de la combustión del carbón con cierto poder calorífico que se aislaba cribando las escorias que se acumulaban a la puerta de la cochera de las máquinas del tren, y que se empleaba en no pocas casas para atizar el fuego de los hogares; con el cuento de la escarabilla, casi sin esfuerzo, fuimos desvelando todos los intrínquilos del funcionamiento de aquel complejo sistema de transporte que era el ferrocarril. Otras veces les seguíamos hasta el río para ayudarles a conseguir la cena; con ellos aprendimos todo lo que es necesario saber sobre la pesca furtiva, ciencia de la que después hicimos por nuestra cuenta tanto uso, hasta que Balito, el guarda-río, puso coto a nuestra impune delincuencia. Nos enseñaron a elegir las piedras bajo las cuales merecía la pena explorar a la búsqueda de truchas; y si las había, a acariciarles la tripa en dirección a las agallas y, en llegando a ellas, apretarlas entre los dedos pulgar y medio, con lo cual ya las tenías en el bote. También aprendimos a pescar anguilas a tenedor, y sobre todo lo que más nos fascinaba era la pesca de peces a saco —utilizábamos el genérico peces para nombrar una especie omnipresente en el río, parecida a los boquerones en tamaño y forma, y de carne bastante insulsa; como mejor estaban era en tortilla—; nosotros sabíamos muy bien cómo se pescaban a caña, en lo que no teníamos rival, pero cuando vimos la técnica del saco comprendimos las ventajas de la producción industrial. Consistía el invento en buscar un lugar de aguas remansadas y poco profundas para construir allí con piedras un canal en forma de triángulo, en el vértice del cual se colocaba un saco al que se le había puesto en la boca un aro hecho con varas de sauce; después, mientras alguien sujetaba el saco, los demás empezábamos a escarbar con palos entre las piedras desde la base del canal hacia el vértice, obligando a huir hacia su destrucción a todo lo viviente que hubiese por allí, que se precipitaba en el saco para después pasar, por la noche, al estómago de los Sañudo. Los Sañudo no tardaron en abandonar aquel quartucho para irse a vivir a otro barrio, al otro lado del Puente Romano, justo al lado del matadero, y ya sólo les veíamos cuando nos dejábamos caer por allí para ver cómo Pin el Cariñoso abatía a las bestias, con su puntería certera, siempre al primer descabello; cuando el animal caía fulminado, Pin nos solía dedicar una mirada maliciosa a la chavalería que contemplábamos ensimismados el espectáculo, y, no sé a los otros, pero a mí me recorría la espina una extraña sensación, no sé si de terror o admiración.

De todos los encantos que para nosotros tenía Liérganes, era sin duda el río el de mayor gancho; era tanto lo que lo amábamos que, a partir de los primeros calores de la primavera hasta la llegada del otoño, no cesábamos de cortejarle; se podría decir que el hilo conductor de nuestro desarrollo mental fue el progresivo descubrimiento de todos sus secretos. Llegamos a saber tanto de él que, con la



llegada de la adolescencia, cuando las mozas pasaron a ocupar su puesto en nuestro corazón, fue nuestro mejor aliado para atraerlas: las deslumbrábamos con nuestras habilidades. Fue un aprendizaje metódico, paso a paso, afrontando progresivas dificultades y riesgos, guiados por la atenta observación a los expertos, induciendo y deduciendo de la propia experiencia acumulada, y, sobre todo, echándole pasión a raudales. No nos habían llegado los primeros usos de la razón cuando ya sabíamos atar un hilo a un palo, un alfiler doblado en forma de gancho al hilo, y poner una gusana en el alfiler, y después, sentados al borde de algún remanso, esperar pacientemente unos resultados que se obstinaban en no llegar. No tardamos en darnos cuenta de que el invento del alfiler no funcionaba; los peces picaban, se comían la gusana, y, si por casualidad se enganchaban, se soltaban en el aire antes de llegar a tierra. Estábamos desolados y a punto de abandonar cuando, por alguna vía, nos llegó la iluminación; la causa de nuestro fracaso era debida a que al alfiler le faltaba el ganchito hacia atrás que tenían los anzuelos, que era el que se encargaba de impedir a los peces desengancharse una vez habían picado. Así, superada la primera ignorancia, fue como pasamos a la siguiente fase, que consistió en convencer a nuestros padres para que nos diesen un real para ir a comprar un anzuelo a la tienda de Kikolero, que era el único que los vendía en el pueblo; la empresa no fue fácil, porque si por una parte, en nuestras casas eran reticentes respecto de nuestras aficiones pesqueras por los peligros que comportaban, por la otra, por razones que no se nos alcanzaban, no les hacía ninguna gracia que fuésemos clientes de Kikolero. Kikolero, que tenía su tienda justo enfrente de la de Ciana, era un señor mayor, de pelo blanco repeinado, siempre con su guardapolvos gris, que tenía muy malas pulgas; por lo visto había sido concejal del Ayuntamiento en tiempos de la República, y de aquellos polvos, estos lodos: aparte de nosotros por los anzuelos, en su tienda no entraba un alma viviente en todo el día. Kikolero era de procedencia meracha; los merachos eran una etnia minoritaria, y en cierta medida maldita, asentada en Miera y Mirones, dos pueblecitos a medio camino entre San Roque y Liérganes; se decía que procedían de los flamencos que habían venido a trabajar en las fábricas de cañones, pero, pensándolo ahora, también podrían haber sido los descendientes de alguna comunidad judía que se había refugiado allí huyendo de persecuciones, aunque esto también se decía de los pasiegos, sus vecinos irreconciliables con los que medían fuerzas en todas las fiestas patronales de los diferentes pueblos del valle, con el frecuente resultado de necesitar pasar por la casa del médico para reparar descabros: tenían fama, entre otras dudosas cualidades, de pendencieros. A Kikolero lo que más le fastidiaba en este mundo era que le llamasen Kikolero, lo cual, una vez sabido por la muchachada, daba lugar a no pocas anécdotas de mucha celebración; era famosa la protagonizada por Mon el de Nanda, un chaval con fama de aguerrido, que había entrado en la tienda y había dicho: buenos días, Kikolero; cómo está usted, Kikolero; quiero anzuelos, Kikolero; de los grandes, Kicolero;



de éstos no, Kikolero; y así, hasta veinte veces Kikolero antes de que Kikolero se diese por aludido y agarrase la vara de medir con intenciones nada comerciales. Nosotros, a veces nos sumábamos al coro de los que cantaban frente a su tienda la popular canción de la calandria, eso sí, un poco trastocada: «en una jaula de orol pendiente de un balcón1 se hallaba Kikolerol tocándose un cojón)); y Kikolero, cuando ya no podía más, salía de sus tinieblas armado de una estaca y nosotros echábamos a correr despavoridos. Según se decía, cuando se hizo colecta entre los vecinos para reparar el tejado de la parroquia, Kikolero había rehusado colaborar, porque dijo, a buen seguro, que a él nunca se le iba a caer encima; y, lo que son las cosas de esta vida, luego, cuando con los primeros *aggiornamentos* de la Iglesia se concedió a los fieles la grandísima gracia de poder comulgar por las tardes, fue precisamente Kikolero el primero de todo el pueblo en hacer uso de tal beneficio. ¡Y poco orgulloso que estaba él de ello! A todo el mundo se lo contaba.

Pero bueno, al final nos dieron el real, fbimos adonde Kikolero y compramos el anzuelo, lo atamos al hilo y nos fuimos a pescar, convencidos de tener todos los triunfos en nuestra mano. Picó el primero y lo sacamos sin problemas; el segundo, lo mismo, pero, a partir de ahí, los peces empezaron a esquivar el cebo, y nosotros a pensar a qué sería debido; cambiamos de lugar y pasó igual, a la segunda o tercera captura los peces se alejaban; cambiamos de cebo, y la misma secuencia de hechos. ¿Qué podría ser? Alguien sugirió que, seguramente, los peces asociaban el hilo a la misteriosa desaparición de sus compañeros, lo que de inmediato nos llevó a la conclusión de que había que ir a pedir otro real para comprar nilón. Conseguido ya el nilón se nos presentó un nuevo problema: era muy difícil conseguir un buen nudo para sujetar el anzuelo; picaba un pez, y al dar el tirón, se llevaba el anzuelo y nos traía desesperación: había que pedir otro real, y luego otro, y otro, hasta que, por fin, dimos con el método del nudo eficaz, lo que nos trajo un aumento de productividad considerable. Así y todo, no podíamos estar satisfechos; nuestras capturas resultaban ridículas en comparación con las de otros pescadores; apenas conseguíamos una docena de peces, una cantidad que daba vergüenza enseñar porque con ello no había ni para un bocado o una tortilla de un huevo. Y volvimos a pensar, y a comprender nuestra deficiencia; con el palo que usábamos sólo teníamos acceso a las pequeñas pozas en las que la fauna era escasa y de poca calidad; era evidente que necesitábamos una caña para llegar más lejos, a las aguas profundas, en donde los recursos eran inagotables. Hubo que buscar la caña, lo que nos supuso una exhaustiva investigación de toda la flora que se situó a nuestro alcance; al final dimos con el filón: en la presa de las Monjas, por donde el cauce entraba en la finca de la Casa de los Cañones, había un seto de bambú lo suficientemente oculto como para poder expoliarlo sin mayores contratiempos; sólo había que agenciarse una buena navaja y meterse en el agua del cauce hasta la cintura, dos dificultades de muy pequeño calado para nosotros:



navajas había por todas partes, y el agua era nuestro elemento. Con la caña de bambú, el nilón y el anzuelo, ya nada se interpuso entre nosotros y la perfección del arte, y pronto tuvimos a todas nuestras familias tan hartas de limpiar y comer peces que no nos quedó más remedio que empezar a pensar en la ampliación del horizonte de nuestra empresa. Y empezamos a soñar con las truchas y las anguilas, y a ponemos manos a la obra.

Como siempre pasa cuando se tiene una buena base, las truchas y las anguilas pronto fueron pan comido para nosotros; sabíamos dónde estaban, a qué hora y qué comían según la época del año y la climatología reinante; qué artes eran legales y cuáles, mucho más productivas, exigían la furtividad, y por tanto, cuáles eran los movimientos de Balito, el guardarríos, que nos seguía la pista con mucha más permisividad de la que nosotros sospechábamos. Siempre salíamos de casa con las cañas de lanzar y las botas de agua para despistar, y, en cuanto llegábamos a un lugar apartado del río, soltábamos la caña, nos quitábamos las botas y el resto de la indumentaria y nos metíamos en el agua a pescar a mano como nos habían enseñado Quiquines, Lolo el Zapatero y tantos otros maestros, que nunca nos faltaron, en la materia. Éramos unos héroes; tan pequeños y ya llevábamos la cena a nuestras casas. Pero no tardamos en darnos cuenta de que todos los días trucha amarga la manduca, y que nuestras aportaciones al sustento familiar estaban dejando de ser apreciadas, lo que nos llevó a nuevas deliberaciones sobre la manera de dar una salida más rentable al producto de nuestras actividades. Llegamos a la conclusión de que lo mejor sería venderlas, cosa nada fácil, por otro lado, porque, ¿dónde encontrar clientes lo suficientemente discretos como para no dar tres cuartos al pregonero sobre la procedencia de aquellas truchas? Pero, el que la sigue la consigue, y no tardamos en encontrar quién estuviese dispuesto a aprovecharse, con la boca bien cerrada por su buena cuenta, de nuestra casi regalada mercancía: varias fueron las fondas, de entre las más modestas del pueblo, que conseguimos meter en nuestra agenda de pedidos. Y empezamos a manejar dinero.

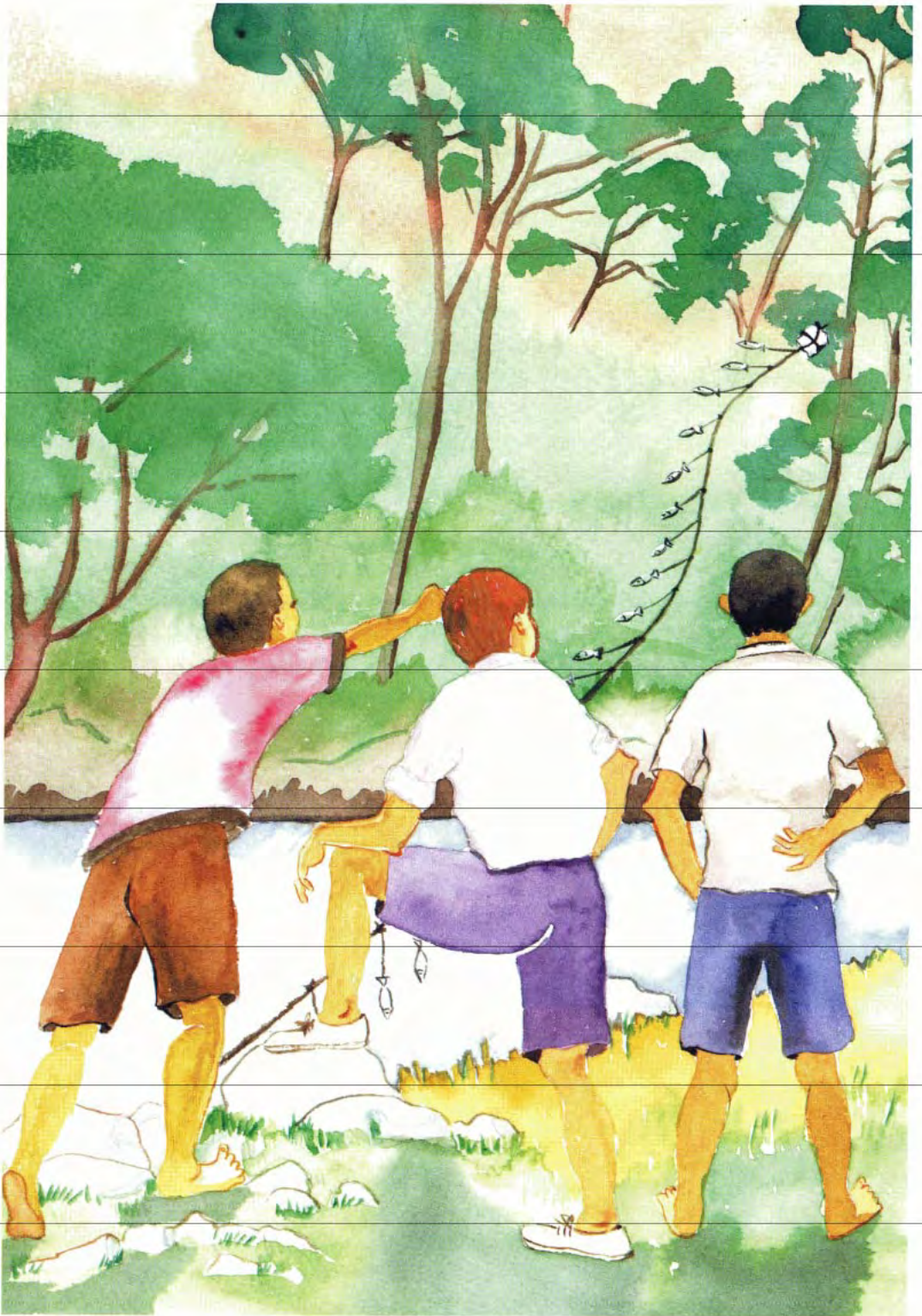
Como suele ser costumbre en el género humano, nuestros primeros ingresos nos los gastamos en vicios; fuimos derechos al estanco a comprar tabaco para nuestros padres –para no levantar sospechas– y, acto seguido, a escondemos en los panojales de la mies para poner a prueba nuestros pulmones. No éramos novatos del todo: en las fiestas de San Pantaleón ya nos habíamos puesto ciegos con los cigarrillos de anís que vendían en los puestos de golosinas y petardos; sabíamos lo que era marearse y echar a perder los pasteles del postre. Pero el tabaco era otra cosa; nos hacía sentirnos hombres y todos queríamos ser el que más lo fuese. Tú no sabes calarlas, decía uno a otro; sí, mira, respondía el aludido, y aspiraba el humo y se deshacía en toses. Y entonces iba el entendido y daba una profunda calada y decía: «el que sabe fumar echa el humo después de hablar»), y soltaba el



humo como si tal cosa, y todos nos poníamos a imitarle hasta que las palideces cerúleas y alguna que otra vomitona nos devolvían al mundo: era el momento del miedo a ser descubiertos y, por tanto, de ponerse a borrar las huellas deladoras. ¿Cómo lo hacíamos? Muy fácil: dejando todo el camino hasta nuestras casas regado de escupitajos de menta masticada. A veces colaba, y otras nos pillaban el aliento y caía el correspondiente chaparrón, pero eran gajes del oficio; nada nos hizo desistir en nuestro empeño de dominar el uso de una sustancia que nos hacía más hombres.

A pesar de lo poco que nos pagaban por las truchas y lo mucho que fumábamos, pronto empezamos a tener unos excedentes dinerarios que nos quemaban en el bolsillo. Le dimos muchas vueltas al asunto y, tras ensayar el consumo de gaseosas y otras golosinas, llegamos a la conclusión de que lo mejor que podíamos hacer era reinvertir las ganancias. Así fue como iniciamos el negocio de las cuerdas. La técnica de las cuerdas la habíamos aprendido de Ángel Bordas, el indiscutible rey del río. Ángel Bordas era el patriarca de una familia que había dado los mejores pescadores y cazadores de todo el valle de Transmiera; se podía decir que cualquiera que se apellidase Bordas nacía con el oficio aprendido. Nosotros le seguíamos la pista a Ángel con un respeto casi reverencial, y a él parecía agradecerle nuestra compañía siempre y cuando nos limitásemos a observar sus movimientos: nos maravillaba la agilidad con la que aquel anciano, de apariencia tan frágil y raramente sobrio, saltaba de piedra en piedra, o trepaba por las rocas, hasta dar con el lugar preciso en el que las truchas parecían estar esperándole; nosotros apuntábamos todos aquellos lugares para luego frecuentarlos por nuestra cuenta, pero nunca pudimos conseguir en ellos sus resultados espectaculares. Algunas tardes, Ángel echaba cuerdas y nosotros le ayudábamos silenciosos para mejor entender las escasas órdenes que nos daba con una voz casi imperceptible que hacía contraste a su poderosa sordera; después, a la mañana siguiente, muy de madrugada, le acompañábamos a recogerlas –no sin antes hacer una ronda por unas cuantas cantinas para que Ángel tomase fuerzas– y siempre nos sorprendía la abundancia de las capturas.

El negocio de las cuerdas requería inversión, conocimiento y mucha mano de obra, tres cosas de las que teníamos más que suficiente para asegurar el éxito de la empresa -lo de la clientela para dar salida a la producción no nos lo planteábamos, porque la única recompensa que esperábamos era la de poder satisfacer nuestro amor al arte-. Para empezar fuimos a comprar el material: cincuenta anzuelos, un rollo de cuerda de cáñamo y otro de cuerda de bala, y un carrete de hilo –daba igual el color–, y eso era todo; Kikolero nos lo suministró con sumo gusto. A continuación nos instalamos en un lugar apropiado para manufacturar aquella materia prima: cortar cincuenta trozos de un palmo de cuerda de bala y



sujetar con hilo un anzuelo a cada uno por uno de sus extremos; pan comido para poco más de una hora. A continuación había que agenciarse el cebo: cincuenta peces que entre todos pescamos a caña en menos de lo que canta un gallo. Después, con un alambre, doblado por uno de sus extremos para que hiciese las veces de aguja, enhebrar los peces de forma que la curva del anzuelo quedase enganchada en una de las comisuras de la boca del pez y la cuerda de bala le saliese por el culo: una delicada operación, todo ello, que requería su ingenio para que pareciese que el pez andaba suelto. Lo más pesado ya estaba hecho. Sólo faltaba atar cada uno de aquellos artilugios, guardando medio metro de distancia entre ellos, a la cuerda de cáñamo, unos veinticinco metros de largo, más o menos, y una vez terminado esto, atar una piedra grande a un extremo y una pequeña al otro, de la cuerda; la piedra grande la sumergíamos cerca de la orilla, debidamente camuflada, y la piedra pequeña la lanzábamos a lo lejos, hacia la mitad de la corriente; esta operación final exigía una técnica perfecta porque, si no, toda aquella guirnalda de cuerdas, anzuelos y peces se enredaba por los aires y daba al traste con todos los esfuerzos. El lanzamiento lo hicimos caído ya el sol, no fuera a ser que pasase por allí Balito, el guardarríos, que tenía rayos X en los ojos para detectar todo tipo de infracciones a la legalidad, y nos desmontase todo el invento; después, muy de madrugada, antes del amanecer, salimos sigilosamente de nuestras casas para ir a recoger la cosecha: era un momento de una emoción indescriptible; nuestra autoestima estaba en juego; un fracaso nos podía dejar «cae» para toda la jornada; un éxito, sería el delirio. Llegamos al río, buscamos la cuerda, y sí, allí estaba, habíamos tenido suerte, los rayos X de Balito no habían funcionado; la sacamos y joh, desilusión!: sólo un par de escuálidas anguilas: todavía teníamos mucho que aprender. Y lo aprendimos: a elegir los caladeros y su necesaria rotación; a mejorar técnicas —introducimos la del saco de Sañudo para capturar el cebo—; a relacionar la meteorología con los hábitos de la fauna piscícola; y un sinfín más de pequeños detalles, como las andanzas de las nutrias que nos traían mártires con su apetito voraz. El asunto de la meteorología era de una trascendencia vital para asegurar la rentabilidad de nuestros esfuerzos; si se preveía una noche estrellada era inútil intentarlo porque las anguilas y truchas dormitaban perezosas a la luz de la luna, confiadas en el día de mañana para alimentarse; a cielo cubierto, dependía de lo aburridos que anduviésemos, porque las expectativas eran muy inciertas. ¿Saldrían a comer? Dependía de variables que nosotros no podíamos controlar, pero la fauna sí; las truchas y anguilas sabían perfectamente si al día siguiente habría, o no, de llover, y actuaban en consecuencia: si olfateaban la lluvia salían de cacería, a saber por qué; cuando no podíamos fallar, aunque fuese el mismísimo día de San Pantaleón, era cuando se anunciaba tronada; ese día echábamos el resto porque las probabilidades de éxito eran casi del cien por cien; nosotros achacábamos este prodigio a que los bichos asociaban los truenos a lluvias intensas, y éstas a crecida del río, lo cual les iba a tener varios días sin poder alimentarse, temor que les llevaba a procurarse un hartón esa

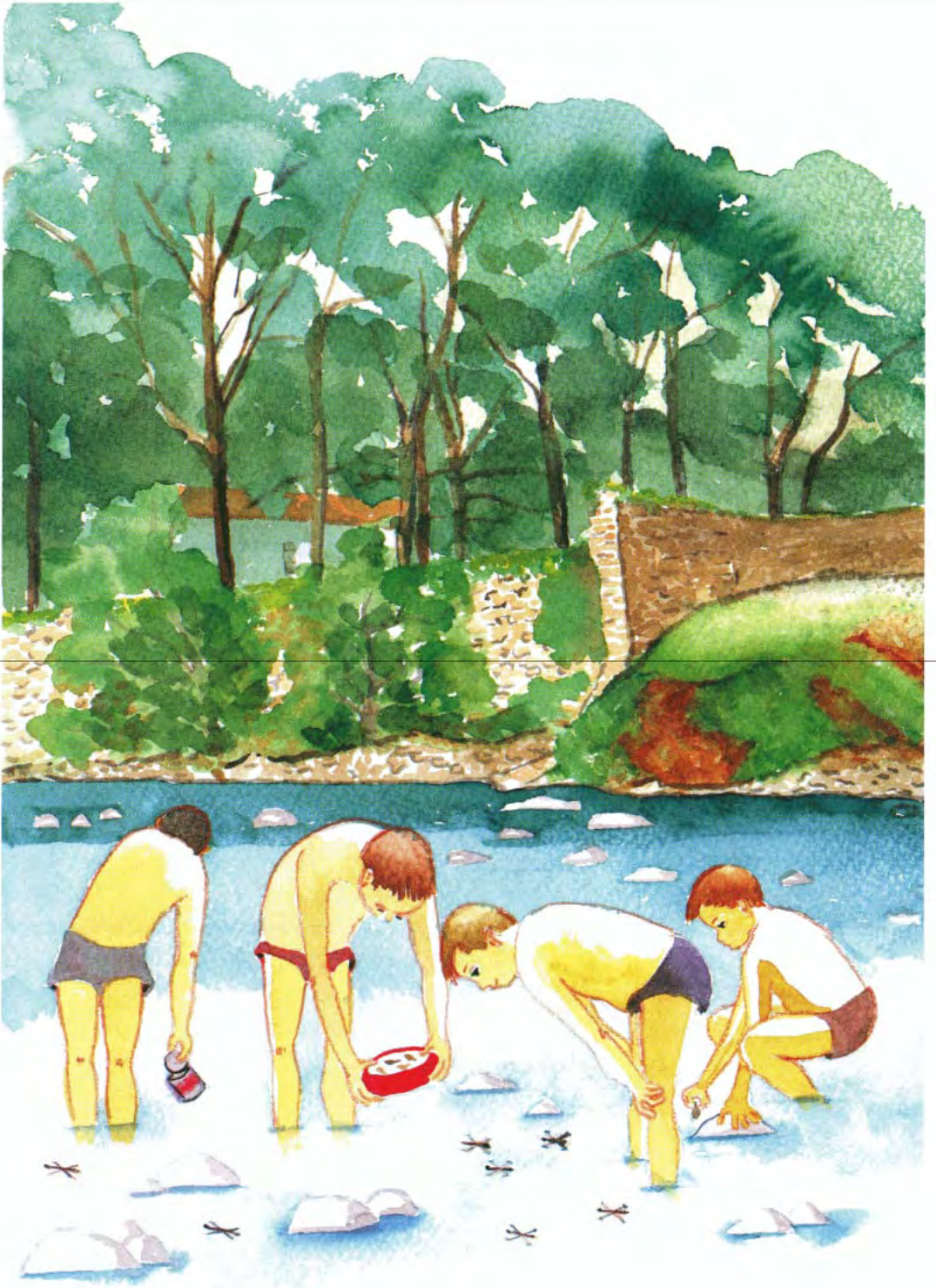
noche para acumular calorías –no comer por haber comido, tiene menos importancia–; a veces las anguilas acertaban en sus pronósticos y nuestro gozo en un pozo: cuando íbamos a recoger las cuerdas nos encontrábamos tal crecida que teníamos que desistir y esperar unos días hasta que las aguas volvían a su cauce. Total, que era tanta la pericia que llegamos a adquirir, que, al final, conseguimos estrangular el mercado de la anguila por sobreproducción; la gente no las quería ni regaladas y en nuestras casas se horrorizaban a su sola vista. La verdad es que, cuando comprobamos los límites que impone el mercado no nos sentimos frustrados, sino todo lo contrario, porque ya empezábamos a estar hartos de la obligación que nos habíamos impuesto, y, por otra parte, ya andábamos rozando las edades en las que las mozas se convierten en el eje sobre el que giran casi todos, sino todos, los pensamientos, y ¡jay!, qué difícil nos lo ponían las circunstancias socio-político-histórico-religiosas y demás hierbas, para poder materializar siquiera algunos de aquellos inocentes pensamientos.

Si bien la pesca fue la que se llevó la parte del león de nuestra adhesión maniaca al río, no fue pequeña, ni menos formativa, la relativa a los baños. Desde que llegaban los primeros calores, la actividad social imprescindible para no perder contacto con la realidad era la frecuentación, al mediodía y a la media tarde, con la digestión ya hecha, de las pozas y presas que correspondían, según la edad de cada uno, o según la moda del momento. A lo largo de los breves años de nuestro despertar a la vida, los baños fueron una fuente inagotable de superación de miedos y, por tanto, de autoafirmación del yo hasta límites que en ocasiones ponían en peligro nuestra integridad física, la misma que en nuestras familias trataban de preservar por medio de la prohibición más estricta de que nos acercásemos al río si no era bajo su supervisión, cosa que, por cierto, nos escatimaban con manifiesta injusticia según nuestra ansiosa percepción de la realidad. Tuvimos que empezar por decidimos a desobedecer y a mentir en materia que, tal como nos la encarecían, nos la planteábamos como de gran calado; en caso de ser pescados en flagrante delito las consecuencias se presumían como desastrosas. Llegabas a casa y la pregunta invariable era: «¿poronde has andao metido?»); «poray», contestabas como un autómatas; «poray, ande?»), seguía el interrogatorio; ((poray, por los callejas)); ((entonces por qué traes las sandalias mojadas)); siempre acababas convicto y pocas veces confeso, y, poco a poco, los castigos fueron perdiendo virulencia y las amenazas credibilidad, hasta llegar a un para nosotros ventajoso statu quo en el que nuestros padres hacían como que nos creían porque nosotros hacíamos como que decíamos la verdad: mentíamos muy bien y, eso, les debía de dar una confianza que, al momento, tomábamos nosotros a beneficio de inventario.

Nuestros primeros baños a hurtadillas tuvieron lugar en el río de Los Guardias; allí apenas había agua porque, unos metros más arriba, en la presa de Las Monjas,

era desviada por el cauce que atravesaba la finca de Los Cañones para llegar al molino de Regina, justo al lado del Puente Romano, unos metros más abajo. Era un lugar muy discreto, resguardado por el gran muro de la finca de Los Cañones y la fronda de castaños, robles y nogales que en ella había; a su sombra se nos iban las horas martirizando a los renacuajos y zapateros, única fauna acuática al alcance de nuestras habilidades depredadoras, por el momento. Los renacuajos, con aquella cabezota y su cola ridícula, invitaban a ser reducidos a cautividad; los agarrábamos a puñados y los metíamos en botes en los que les teníamos prisioneros sin otro objetivo, supongo, que el de tener pruebas fehacientes de nuestra nueva destreza, cuya máxima dificultad era la de superar la repugnancia a su consistencia gelatinosa y palpitante; después, cansados ya de su compañía miserable, les devolvíamos al agua y pasábamos a ocuparnos de los zapateros, un prodigio de la naturaleza que nos dio lo suyo qué pensar. Los zapateros, una equis con un palote en su eje vertical, tenían dos características de todo punto inexplicables para nosotros: la primera era la resistencia que tenían a sumergirse por más que apaleásemos el agua a su alrededor tratando de ayudarles a conseguirlo; la segunda era lo sorprendente de los saltos por deslizamiento que pegaban cuando intentabas atraparlos; llegamos a pensar en mecanismos maravillosos, a cada cual más alejado del de la tensión superficial que tan fácil nos fue comprender luego, cuando nos explicaron en la escuela en qué consistía, gracias a las horas que habíamos estado, años atrás, observando a los zapateros.

El río de Los Guardias, que en sus partes más profundas apenas nos llegaba a las rodillas, perdió pronto su aliciente; necesitábamos más fondo para aventurarnos más y, en su búsqueda, seguimos corriente arriba, hasta la presa de Las Monjas, por encima de la cual cruzamos a la orilla derecha para seguir por el camino de la mies que llevaba al río de Las Pozas, llamado así no porque allí hubiese unas pozas muy significativas, sino porque en su orilla izquierda se elevaba el muro de la huerta de las señoras de Pozas. Las señoras de Pozas eran unas ancianas vestidas siempre con batas grises, medias y zapatillas negras, lo cual, unido a sus moños tirantes en el cogote, les daba un aspecto un poco brujo; su vida hubiera pasado inadvertida para la gente de no haber sido porque habitaban en una de las casonas más llamativas del pueblo. Eran las hijas del doctor Pozas, un médico que, por lo visto, había sido, allá por el cambio de siglo, muy famoso allende nuestras fronteras rurales, tanto por los conocimientos que había adquirido en universidades europeas como por sus relaciones con los liberales más conspicuos del país. Sea como fuere, el caso es que el buen señor le tuvo que sacar buenos rendimientos a su profesión para poder vivir con tanto lujo; aunque, bien pensado, también es posible que fuese rico por herencia, porque, si no, no se explicaría que hubiese estudiado en el extranjero: para el caso da igual, porque lo que contaba es que la casona de Las Pozas la teníamos todos perfectamente ubicada; con su



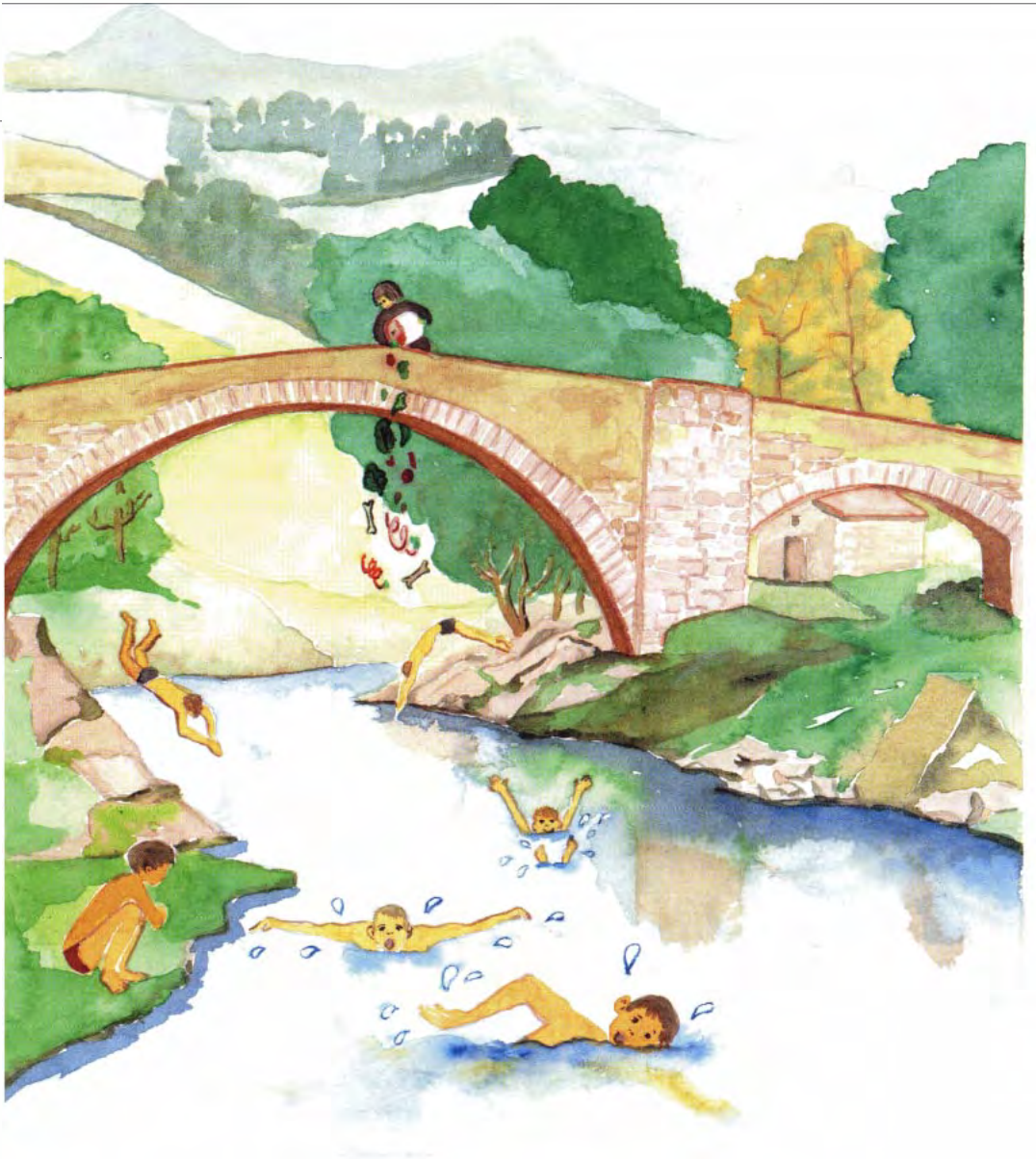
fachada de piedra de sillería en la que había una ventana tan superferolítica que se vendía en postales; con su inmenso portalón de arco de medio punto en el centro, y, en una esquina, la puertecita de la farmacia decimonónica en la que una vez habíamos entrado acompañando a un amigo ocasional, de los que venían a tomar las aguas y que necesitaba comprar cigarrillos para el asma; y, sobre todo, lo más llamativo, la inmensa galería sobre su fachada sur, a la que daba sombra una palmera centenaria, que sólo con verla ya te daban ganas de entrar por allí a investigar aquella aparente perfección. Y entre la casa y el río, una huerta llena de frutales, que sí que habíamos explorado y saqueado en más de una ocasión, porque no podíamos resistir la tentación de desvelar el misterio que para nosotros tenían las huertas y sus frutos, de todas las mansiones del pueblo.

Así, cuando nos vimos en el río de Las Pozas, pisamos en terreno conocido; por el lado de la mies cubría poco, por el de Las Pozas, ni se sabía, porque ni siquiera se veía el fondo de negro que era todo. Ni que decir tiene que nosotros, de entrada, nos limitamos a la orilla de la mies, agarrándonos bien a las ramas de aliso para estar seguros de no ser arrastrados a los abismos; y así, unos cuantos días, soportando las chanzas de los muchachones que por allí andaban emulando al Hombre Pez, hasta que alguno de ellos nos dijo que, si queríamos, nos ayudaba a cruzar a la otra orilla, y, entonces, nosotros aceptamos confiados el ofrecimiento, y, cuando estábamos en medio de lo más negro, fue y nos dejó a merced de nuestros propios recursos y no nos quedó más remedio que aprender a nadar sobre la marcha, so pena de quedar marcados de por vida como afeminados y cosas mucho peores.

Una vez superada la prueba del cruce del río, entramos a formar parte de la cofradía del ((Hombre Pez» y ya nadie se metió con nosotros. No nos costó pasar del estilo perro al denominado rana o braza, y de éste, al *crawl*, y también de espaldas, y el mariposa; y después a bucear, y a tiramos coles, y todas las demás habilidades exigibles para no desentonar en el medio acuático y ganar así toda la confianza en nosotros mismos, hasta el punto de que aquellas aguas se nos empezaron a quedar pequeñas y sentimos necesidad de ir en busca de nuevos retos a pozos más profundos, bajo el puente romano o en la presa de Regolgo. Y para allá nos fuimos, y detrás de nosotros todos los demás bañistas, y no porque, al igual que nosotros, considerasen que aquel lugar fuese insuficiente, sino porque las aguas se estaban poniendo asquerosas: unos pocos metros río arriba del de Las Pozas acababan de instalar el desagüe a puro huevo de todos los residuos que generaba la industria de productos lácteos de la familia Recio. Era una muestra más del despegue económico que ya se empezaba a palpar por todas partes. La cosa estaba más que justificada: los Recio habían firmado un contrato para suministrar leche a una empresa de Barcelona y, para ahorrar en los portes, concentraban el producto, cuatro a uno, lo que equivalía a un viaje en vez de cuatro para la

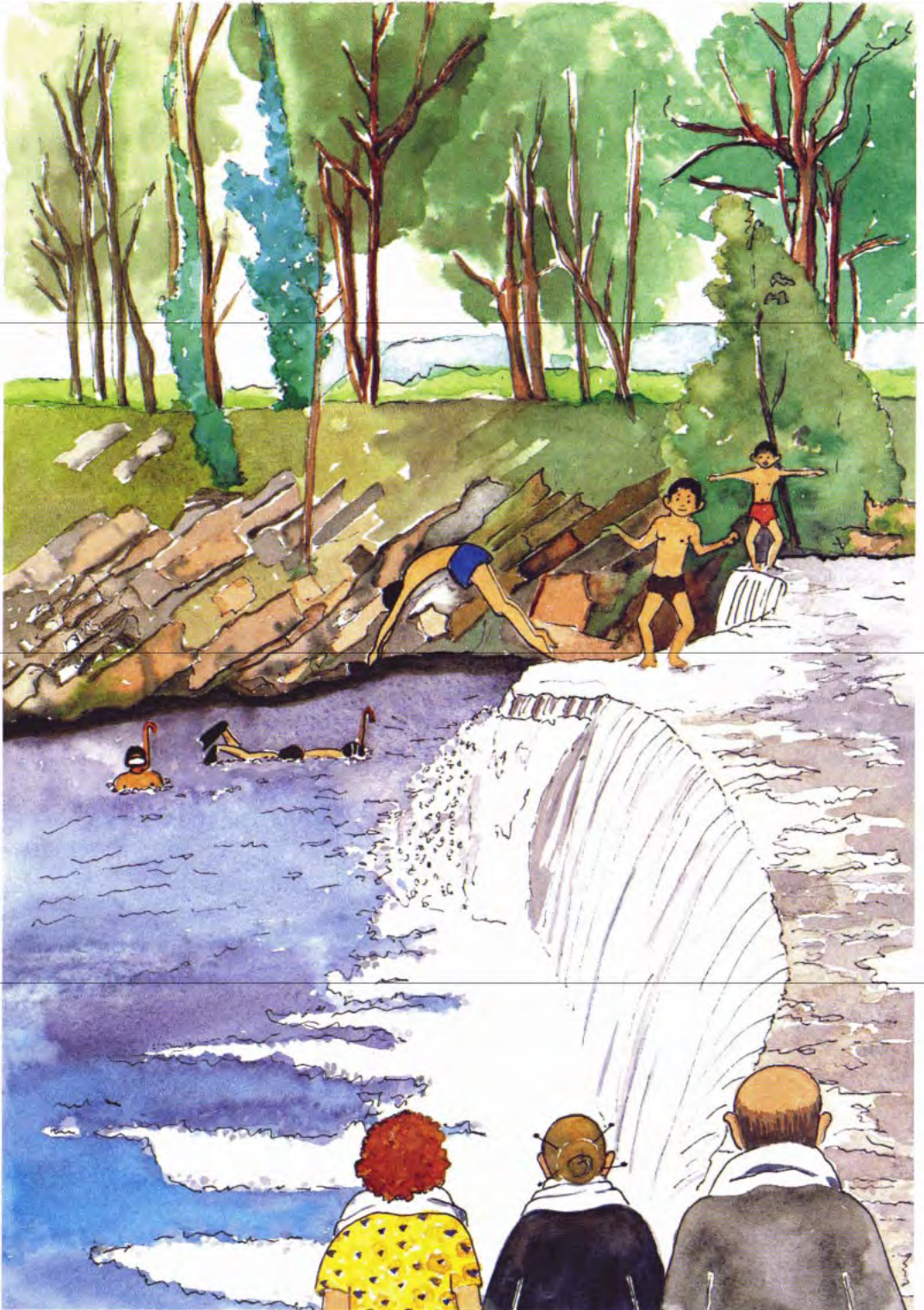
misma cantidad. Todos estuvimos muy pronto al corriente de este negocio que nos pareció ingeniosísimo y que, por otra parte, fue muy apreciado porque estableció una línea directa entre Liérganes y Barcelona que no pocos vecinos aprovecharon para ampliar sus horizontes visuales y mentales. Siempre había alguien dispuesto a hacer de copiloto de Machaco en cualquiera de sus dos viajes semanales al volante del flamante Leiland en el que trasportaban el concentrado; luego, cuando regresaban, contaban y no paraban, y así supimos que en Barcelona había un barrio chino, no poblado por chinos precisamente, y una calle llamada el Paralelo llena de teatros en los que se veían cosas que ni te cuento. Desde luego, no cabe duda de que, si perdimos aquel trozo de río para los baños, ganamos por contra un montón de referencias del mundo exterior que, a buen seguro, buena falta nos hacían. Y no sólo esto: también se empezó a formar, junto al desagüe, una fauna descomunal que nos dio más de una satisfacción en días en los que nuestra afición a la pesca tomó tintes carroñeros: sólo allí había truchas que sobrepasaban el kilo de peso, y los peces eran tantos que bullían en la superficie para poder respirar.

Cualquiera que observase con un poco de curiosidad el Puente Romano se podría dar cuenta porque lo habían construido precisamente allí y no en otro sitio. Por allí el agua se veía obligada a deslizarse entre dos peñascos compactos, apenas separados entre sí por unos diez metros, que venían como de molde para sujetar los pilares de un arco de medio punto. Cuando el río venía crecido, el agua, pugnando por pasar, formaba unas turbulencias espantosas que horadaban el fondo, dejando como consecuencia para los días de calma un pozo profundo, el Pozo de Liérganes, muy apropiado para los saltos de trampolín o, en este caso, de peñasco. A aquella piscina natural concurría chavalería en abundancia, dispuesta a competir por un lugar preeminente en el ranking de atrevimientos: aquel frente de juventudes parecía no tener límites de valentía; aprendíamos sin saberlo a gozar de las delicias del exhibicionismo y, también, a sufrir los sinsabores del pasar inadvertidos cuando estábamos intentando lo contrario. Pero el Pozo de Liérganes también tenía un inconveniente que nos producía no poco malestar; los vecinos de la zona habían cogido gusto a tirar sus basuras desde lo alto del puente, y, si bien la mayoría solía respetar las horas de nuestros baños, no todos eran igual de considerados, y allí siempre estaba uno expuesto a una andanada de desperdicios orgánicos –eran los predominantes por entonces– que te podía poner perdido; y el fondo y las orillas del pozo estaban tan poblados de porquería como cualquiera se puede imaginar. Unos años después, cuando colocaron allí todos aquellos focos que coloreaban el puente por las noches, prohibieron tirar basuras, y el ecosistema mejoró, pero ya no era lo mismo, porque todos aquellos cables de alta tensión que había por todas partes le daban a aquello el aspecto de una piscina eléctrica, el último grito en ejecución de penas capitales.



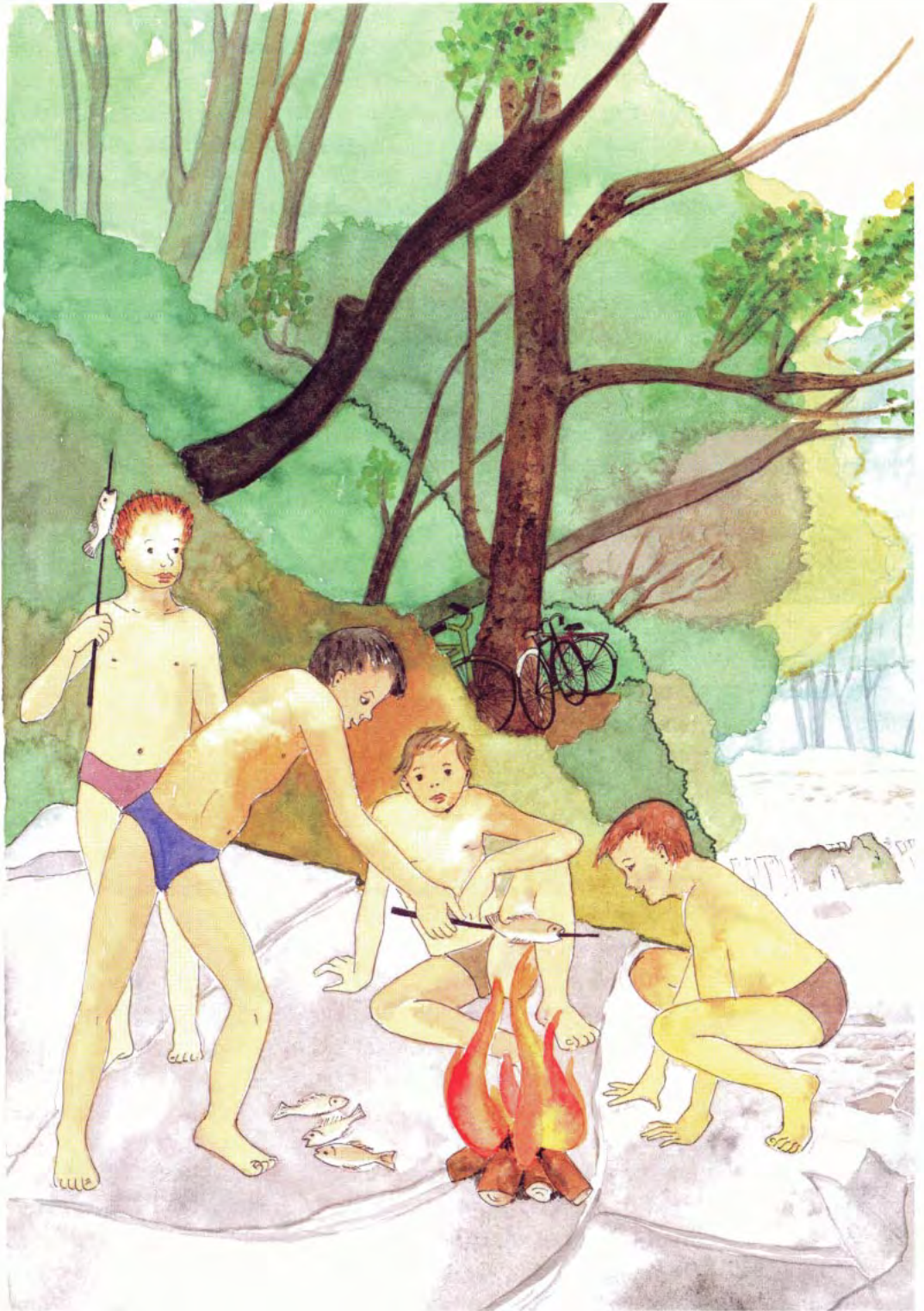
Del pozo de Liérganes nos fuimos a la presa de Regolgo, el lugar en el que los más audaces se exponían a la curiosidad de los numerosos agüistas que, entre inhalación e inhalación, se llegaban hasta allí para envidiar saludes ajenas. La presa de Regolgo, situada en el barrio del Calgar, a mitad de camino entre el Bulevar y el barrio de Los Prados, estaba formada por dos concavidades de caída vertical unidas en el centro por un espigón adentrado temerariamente en el vacío; la furia del agua que se precipitaba por allí en los días de crecida había socavado en la base un pozo considerable que imponía mucho respeto a los no iniciados en la cofradía del ((HombrePez)); a su lado izquierdo, en línea con la presa y sobre el inicio del cauce, había un balconcillo de piedra muy sabiamente puesto por quien supo apreciar de antemano el agradecimiento de los miles o millones de personas que a lo largo de los siglos habían aposentado allí sus posaderas para darse a los goces visuales durante el día y a los de ((pelar la pava» una vez anochecido: no había lugar más cotizado en muchos metros a la redonda para los amantes discretos. El mayor atractivo que tenía Regolgo para nosotros, aparte del exhibicionismo a gran escala, era, sin duda, las posibilidades que ofrecía para la práctica de los saltos. Había una calculada gradación progresiva de alturas muy adecuada para ir ganando confianza sin sufrir grandes sobresaltos. Cuando por fin te decidías a tirarte desde el espigón, era una pasada; estabas allí un buen rato temblando, sin atreverte a saltar, sintiendo todas las miradas clavadas en ti, hasta que, más por evitar la vergüenza de una retirada que por otra cosa, te arrojabas al vacío; a partir de ahí, ya no quedaba más que la repetición, y, con ella, el tedio, y con éste, la caída en el vicio de la estética consumista: empezamos a darnos cuenta de que los veraneantes fardaban mucho con aquellos trajes de baño *rneyba*, con sus gafas de buceo y sus aletas de goma, y sentimos la humillación de no poder igualarles. ¿Quién se iba a fijar en nosotros con los taparrabos que llevábamos si no era para reírse? Y por si fuera poco lo que nos fastidiaba todo aquel pijerío que había por allí, también se añadía el serio inconveniente de que, por estar aquello aguas abajo del pueblo, sólo estaba limpio cuando el río bajaba ligeramente crecido, cosa que tenía el efecto secundario de la baja temperatura del agua; a los cuatro días de sequía flotaban en la superficie del pozo miles de tapones de botellas y algún que otro carajón camuflado entre los corchos, por lo que había que andarse con mucho cuidado para no confundirlos y poder apartarse a tiempo, no te fueses a tragar lo que otro había cagado. La época de la presa de Regolgo fue intensa en emociones variadas, pero nos duró poco, lo suficiente para reconocer que no estábamos hechos ni para según qué tipo de vida social, ni para andar esquivando carajones.

Después de abandonar Regolgo, todos nuestros contactos con el río ya tuvieron lugar aguas arriba del desagüe de la fábrica de los Recio, en un progresivo distanciamiento del núcleo urbano, buscando siempre soledad y pureza medioambiental.



Empezamos la escalada en La Repunta, un lugar escondido al que se llegaba cruzando el río, a la altura de la ermita de El Humilladero, por unos pedruscos -los llamábamos atrancos- puestos allí a tal efecto, para después seguir, orilla derecha hacia arriba, por un sendero escondido entre los panojales de la mies y los chopos y alisos gigantes, encargados de defender el terreno de las ansias erosionadoras del agua. La Repunta era una poza de amplias dimensiones, con el agua muy remanada y de una profundidad media que permitía en todo momento visualizar el fondo; era un lugar muy apropiado para los grandes largos en estilo libre, bajada va, subida viene, que la escasa corriente no hacía diferencia. Pero, para nosotros, lo de nadar por nadar tampoco era cosa que hiciese nuestras delicias, y no hubiésemos aguantado mucho tiempo en la Repunta de no haber sido porque allí mismo, en la orilla izquierda, estaba la finca del palacio de La Suiza, cuyo hijo, Musiu, un treintañero con pinta de artista de Hollywood, tenía afición a pescar truchas a mano, pero no a cielo abierto, como nosotros sabíamos hacer a las mil maravillas, sino buceando. Allí pudimos observar a Musiu a nuestras anchas, admirando su habilidad y sopesando los riesgos y dificultades de su arte. Le veíamos sumergirse y el tiempo se detenía, y temíamos por su suerte, hasta que emergía sonriente blandiendo una trucha palpitante en la mano; entonces, respirábamos tranquilos, y sorprendidos: si retener el aliento una eternidad nos parecía un milagro, no lo era menos trincar una trucha en tan poco tiempo. ¡Qué lejos estábamos nosotros de tales perfecciones! Hasta que nos pusimos a ello y el instinto nos fue guiando por los sucesivos pasos del proceso, tomando todas las precauciones pertinentes, de forma y manera que no tardamos en ser tan hábiles como Musiu en la combinación del ocio con el negocio: nos divertíamos de lo lindo y, encima, llevábamos la comida a casa. En La Repunta aguantamos mucho tiempo, y más hubiese sido si los caprichos de la naturaleza no hubieran dictaminado lo contrario. Un buen día, una imponente crecida se encargó de rellenar todo aquel pozo con cantos rodados, dejándolo de manera que donde más cubría apenas nos llegaba a la cintura: fue una gran sorpresa y una terrible decepción comprobar lo que era capaz de hacer la furia del agua.

De La Repunta pasamos a ocupar el pozo de Balito, llamado así por que allí al lado vivía el guardarríos, a quien teníamos más controlado que él a nosotros por aquello de no convertimos en los pescadores pescados con las manos en la masa prohibida. El pozo de Balito estaba ya lo suficientemente alejado del centro del pueblo como para necesitar bicicletas si se quería hacer rentable el desplazamiento. Dejabas atrás el barrio de la Rañada, pasabas por delante del palacio de doña Margarita la Suiza, la madre de Musiu, cruzabas el barrio de La Vega y, antes de llegar al de Rubalcaba, a la izquierda, separadas de la carretera por unos gigantescos chopos, había unas lajas cortadas a pico sobre un pozo profundo y extenso, ideal desde todos los puntos de vista para seguir avanzando en el arte recién adquirido en La Repunta.



Su único inconveniente era la proximidad del brazo largo de la ley: hubimos de exprimir nuestro ingenio para aprender a sortearle. Pronto nos dimos cuenta de que la clave estaba en las bicicletas: teníamos que camuflar las nuestras y controlar la posición de la de Balito. Y así lo hicimos, y pudimos disfrutar allí de días gloriosos en los que no sólo pescábamos truchas a esgaya, sino que añadimos la moda de hacer lumbres para asarlas al estilo primitivo, sosteniéndolas sobre las llamas por medio de un palo atravesado en sus tripas; nos sentíamos felices por autosuficientes y, ya, se nos hacía penoso tener que ir a casa para comer sin hambre.

Pero no puedo pasar por delante del palacio de doña Margarita sin detenerme a recordar todo lo que su visión sugería; sin duda era la casa más señorial de todo el pueblo –por algo se le llamaba El Palacio, a secas–, y también, la que encerraba entre sus muros la historia de un amor como no hubo otro igual, que era del dominio popular y motivo de muchas controversias. Doña Margarita era hija de un matrimonio de suizos que se había aposentado en Liérganes cuando el cambio de centuria para regentar el Hotel Central. Y por allí andaba toda la familia, regenta que regenta, cuando acertó a hospedarse en el hotel don Primitivo, un meracho sesentón y soltero que había hecho las Américas con provecho inusitado. Todo fue ver don Primitivo la radiante lozanía de los dieciséis años de Margarita para no poder tener ya otra idea en la cabeza que la de desposarla. Y no tardó en conseguirlo y en convertir a Margarita en la princesa de un cuento de hadas; hizo construir para ella un palacio parisino en la cima de un peñasco que domina amenazador al barrio de La Cantolla, un reducto de media docena de casuchas perdido entre las montañas que guardan las espaldas de Mirones, en donde don Primitivo había nacido. Pero don Primitivo, que no las debía de tener todas consigo, quiso, antes de hacer entrega del obsequio, asegurarse la fidelidad futura de su flamante esposa y, para ello, le hizo jurar a Margarita que nunca, mientras él viviese, pondría los pies fuera de aquella prisión dorada; si a la imprevista vuelta de uno de sus viajes anuales alrededor del mundo no la encontraba allí recluida, que se despidiese para siempre de volver a reinar en aquel castillo de ensueño. Y allí resistió el retiro doña Margarita varios años en los que nacieron sus hijos, y don Primitivo llegaba cada primavera cargado de regalos exóticos y con ganas de jarana, dispuesto a despilfarrar a manos llenas para fascinar a Margarita y deslumbrar a sus paisanos. Todavía se recordaba en muchos kilómetros a la redonda la vez en que don Primitivo tuvo como invitado al mismísimo rey de España. Lo organizó tan bien que nadie se dio cuenta de que todo había sido una simulación: buscó un doble del rey perfecto, alquiló coches de lujo para una numerosa comitiva real formada por gente de la farándula, y engalanó la carretera desde varios kilómetros antes de llegar a Mirones, en donde todo el vecindario vistió sus mejores galas para, llegado el momento, dar la bienvenida a los reyes. Con esta representación y otras por el estilo, hizo don Primitivo que



creciese su leyenda hasta los límites de la inmortalidad; pero los años no perdunan, y los ardores juveniles menos, y en uno de sus inesperados regresos, cuando más felices se las prometía, se encontró don Primitivo que la paloma había abandonado el nido, y todo se le vino abajo: mandó cerrar a cal y canto la mansión de La Cantolla y ya nunca más volvió a vivir allí nadie. Fue entonces cuando se instalaron en El Palacio, y allí, al poco, murió don Primitivo; y doña Margarita quedó como propietaria de un patrimonio considerable, pero no tanto como para seguir con el tren de vida acostumbrado; la crisis del veintinueve se llevó por delante los negocios americanos heredados del difunto y cesaron las generosas remesas que de allí llegaban puntuales cada año y, en adelante, se tuvo que conformar con un discreto ir pasando gracias a la explotación de las dos o tres fincas que don Primitivo había comprado en Liérganes. Llamaba la atención que en aquel palacio hubiese una cuadra con vacas en las antiguas caballerizas, algo que para nosotros desdecía en cierta medida el señorío que se le suponían a aquellos muros. Sin embargo, señorío era lo que le sobraba a doña Margarita y a sus hijos Musiu y Camina; su aspecto y costumbres centroeuropeas les distanciaban de una forma natural del común de la ciudadanía, que veía en ellos, si no extraterrestres, sí gente de otro mundo de la que cualquier cosa se podía esperar. Y la cosa no tardó en llegar en forma de repetición por parte de Musiu de la hazaña de su madre. Un buen día se recibió en El Palacio la visita de un matrimonio suizo acompañado de su hija cuarentona y, en menos de lo que canta un gallo, ya la tenían casada con Musiu, quien en adelante no volvió a pescar truchas a mano. Musiu se fue a vivir a Suiza y al verano siguiente apareció por Liérganes en plan soltero de oro al volante de un Mercedes descapotable: la gente se hacía lenguas al verle; se contaba y no se acababa; se decía, entre otras cosas, que su mujer era hija del hombre más rico de Suiza y que había puesto a Musiu a dirigir una de sus fábricas. A la vista del Mercedes, cualquier cosa era posible para nosotros. Y todos los veranos volvió Musiu, y cada vez con un nuevo modelo de Mercedes, y un año, incluso trajo a su mujer: era demasiado para los que observábamos y nada nos podíamos explicar. Era difícil pasar por delante de El Palacio y no ponerse a cavilar sobre lo que de él sabíamos, que no era poco ni de lo normal al uso; más o menos como una película de las que veíamos los domingos por la tarde en la primera sesión.

El cine, justo detrás de la escuela, en el barrio de La Costera, era para nosotros un lugar de cita obligatoria al que acudíamos cada domingo y días de fiesta, tan pronto como salíamos del rosario con bendición con el que nos obsequiaba don Emilio, como regalo de sobremesa, en la capilla de El Humilladero; así pasábamos sin solución de continuidad de lo religioso a lo profano con la naturalidad que tiene todo lo sancionado por la costumbre. A la sesión de las cinco de la tarde acudíamos los niños en tropel y, también, gente mayor de La Cavada, que venía en el tren, y

otra, por lo general en bicicleta, desde Pámanes, lo cual producía una mezcla cosmopolita que sin duda contribuyó a aumentar nuestra comprensión de los ((hechosdiferenciales)). Llegábamos allí, sacábamos nuestra entrada y nos arremolinábamos ante la puerta pugnando por ser los primeros en llegar al gallinero, so pena, en caso de no conseguirlo, de tener una visión desastrosa de la pantalla; detrás de nosotros, los foráneos adultos esperaban pacientemente porque sabían que desde los palcos y butacas no era necesario estirar el cuello para no perder detalle. Entre aquellas apreturas agitadas de la chiquillería ante la puerta de entrada siempre destacaba el chaquetón de piel sintética de La Merenga, y, a su lado, pegado como una lapa, El Merenguín con un montón de tebeos bajo el brazo. La Merenga, por razones que se nos escapaban, era la única persona mayor que sacaba entrada de gallinero, lo cual estaba en abierto contraste con lo lujoso de su indumentaria y con el dispendio en chistes que hacía para mayor gloria del Merenguín, que los empleaba como triunfos ante nuestra solicitud servil: nos moríamos porque nos los dejase leer y, para conseguirlo, no reparábamos en adulaciones y demás subterfugios denigrantes. Todos sabíamos que un día, en una de aquellas esperas tempestuosas, el portero, conocido como El Baboso, le había preguntado a La Merenga que cómo era que se gastaba cada domingo tal dineral en caprichos para su hijo, y que ella había contestado con una desapegada contundencia: «¡Bah! Total, yo me lo gano cómodamente»); todos sabíamos, también, que a la salida del cine La Merenga cogía el último tren del día para ir a Santander a trabajar. Cuando se apagaba la luz y empezaba el Nodo, también empezaba la refriega en el gallinero; siempre había alguien que tenía la ocurrencia de gritar: «¡Baboso, aquí no dejan ver!» y para allí se dirigía el pobre hombre, linterna en ristre, con la intención de poner orden con la misma diligencia expeditiva que había empleado durante la guerra cuando lucía las insignias de cabo, pero nunca lo conseguía; apenas había llegado al lugar del alboroto y empezado sus ruidosas pesquisas, cuando se oía una voz acusadora que venía del otro extremo del gallinero: «¡Cabo, aquí se están meando!») y ya todo el cine bullía y nadie miraba el Nodo y, entonces, se encendían las luces y todo quedaba en silencio, en las mejores condiciones para reanudar la proyección; nunca se supo que El Baboso para unos y Cabo para otros hubiese llegado al extremo de la expulsión de los culpables de que fuera imposible ver con tranquilidad un noticiario al completo. Después comenzaba la película y la paz reinaba en el corral hasta que llegaban los inevitables desencuadres, que eran protestados por el público con un furor inusitado; entonces se encendían las luces y saltaban a los aires Pepe Blanco y Carmen Morell: «Yo con una, tú con otro, y a vivir tranquilamente»), decía Pepe, y Carmen le contestaba algo así como que por su parte aceptaba encantada; y entonces Pepe se echaba para atrás argumentando: «Que sí, que sí, que sí, que te quería; que era un papel que yo te hacía»); y Carmen le respondía: «Pues mira que penita y que doló, que nuestro cariño se acabó»), y a partir de esta constatación inapelable se ponían a lamentarse a dúo y nosotros les



hacíamos coro: <<¡Ay, que lo vamos a hacer; ay, que lo vamos a hacer! Irse de parranda, parranda, poray, poray, poray)). Así, en aquel ambiente contestatario, fue como vimos «Alba de América»), ((Tristeza de Amor)), ((Currito de la Cruz)), ((Nobleza baturra)), «Kim de la India»), ((Objetivo Birmania)), «Las minas del Rey Salomón»), «Tarzán de los Monos)) y otras muchas maravillas del séptimo arte que nos dieron no pocas ideas para mejor entretener nuestros ocios.

Y rememorando ((Tarzán de los monos)) no me queda más remedio que volver al río. Pronto cundió por el pueblo la noticia de que el pozo de Balito era un lugar paradisiaco y aquello se empezó a llenar de bañistas que ya estaban hartos de aguantar las inmundicias de Regolgo; y a nosotros, que amábamos la clandestinidad más que cualquier cosa, no nos quedó más remedio que seguir ascendiendo por el cauce en busca de un nuevo escondrijo: lo encontramos, pasado ya el barrio de Rubalcaba, en lo que se conocía como Pozo Negro. El Pozo Negro tenía en todo el valle connotaciones de lugar maldito, y no por ser considerado como el más profundo de todo el río, sino porque allí habían aparecido varios cadáveres, producto, al decir de la gente, de ajustes de cuentas hereditarias entre familias mal avenidas y de todos conocidas; sin duda era un lugar ideal para ocultar las pruebas del delito: estaba en medio de ninguna parte, en el fondo del barranco, oculto a cualquier mirada indagadora por una vegetación exuberante, y con unas aguas tan negras como negra era su leyenda; para muchos, aquellas negruras eran la puerta del infierno. No puedo negar que tuvimos que superar algunos temores antes de empezar a sentimos en aquel paraje como reencarnaciones del mismísimo Tarzán; sólo nos faltaban unas cuantas Chitas, pero por lo demás, en cuanto a libertad y salvajismo, nada le teníamos que envidiar. Había allí unas enormes lajas que formaban una presa natural con una caída de un par de metros sobre el pozo, y todo ello, sombreado por unos robles gigantescos desde cuyas ramas más altas lanzábamos el grito de la selva antes de saltar al vacío para ir al encuentro de Lucifer. Por suerte, nunca nos lo encontramos; nos debía de tener miedo. Entre los saltos, las truchas que pescábamos a mano, las hogueras que hacíamos para asarlas, el comerlas después, sestear sobre las lajas, y otras zarandajas, nos costaba caer en la cuenta de que ya era hora de ir a pasar lista, cada cual en su casa; desde luego, un verdadero fastidio.

El Pozo Negro también lo abandonamos un día, pero no por hartazgo de sus dones, sino por que ya no podíamos parar nuestras ansias exploradoras; seguimos rastreando río arriba y así dimos con lo que no podía ser otra cosa que el lugar en el que Adán y Eva se habían dedicado a ponerse ciegos a base de frutos prohibidos: estábamos en La Isla, ya en los confines del municipio, lindando con territorio meracho. La Isla se llamaba así porque, en efecto, era una isla: una lengua de tierra rodeada por el río en su margen derecho y por el cauce de un molino, del que



apenas quedaban las ruinas, en el izquierdo. Las posibilidades de esparcimiento en aquel lugar eran infinitas, pero voy a pasar de relatarlas porque, en definitiva, no fueron otras que las que ya veníamos practicando desde tiempo inmemorial con total maestría en las escalas previas de nuestra paulatina ascensión. Sólo diré que allí empezamos a notar el hastío de la monotonía, y supongo que, también, el de la homogeneidad genérica, porque ya rozábamos la edad en la que es imposible pasar por delante de una moza y no hacer una evaluación de las posibilidades que tienes de llevártela al huerto.

Y así, con tan nuevas pulsiones, fue como el río dejó de ser para nosotros el lugar de la evasión clandestina y se convirtió en el escenario de nuestras potenciales conquistas; en adelante no se nos volvió a ver en pozo alguno en el que no hubiese a la vista niñas bañándose. Y ya se sabe, cuando hay mujeres de por medio las más acrisoladas amistades masculinas se resquebrajan a causa de la competencia por atraer su atención y, en nuestro caso, por no salimos de la norma, pusimos en práctica todas nuestras destrezas, hasta el límite de lo imposible, buscando la primacía del macho reproductor; y empezamos a sentir el mutuo estorbo, y a distanciarnos los unos de los otros, y a buscar cada cual por su cuenta lo que más le conviniese en cada momento y lugar: así era la vida y así sigue siendo; lo que hoy interesa mañana es un tostón y si no quieres hundirte te lo tienes que sacar de encima. Filosofías aparte, sólo me queda decir que, en mi caso, al poco de los inicios de aquellos ardores disgregantes, quiso el destino sacarme de aquel Liérganes que ya empezaba a resultarme un tanto anodino y opresivo. Y, como dije al inicio de este relato, no he vuelto a ir por allí, ni nunca he visto en los periódicos, ni en la televisión, noticia alguna que me sirviese para confirmar que sigue estando donde estaba. Quién sabe, quizá nunca existió, y todo lo que he contado sólo sea el producto de un sueño que tuve una noche de verano.



"A la sombra de la Peña Pelada" es un libro de recuerdos de una infancia y adolescencia vividas en Liérganes en una época en la que era costumbre hablar en voz baja, lo cual, como es bien sabido, es mejor manera de que los rumores lleguen lejos.

Desde luego que, Liérganes, no era un pueblo cualquiera; por su historia, geografía, y caprichos del destino, se había constituido en lo que podríamos considerar un enclave pionero en la industria turística, o del ocio, circunstancia, ésta, que contribuyó no poco a aliviar el aburrimiento —y puede que también la intransigencia—, que, por entonces, según dicen, reinaba por doquier.

Lo que se ha tratado de reflejar en estas páginas no pretende ser la historia incuestionable de lo que pasó en Liérganes durante aquellos años, sino sólo lo que veía, escuchaba y hacía, un niño al que el azar le hizo andar por allí en aquel entonces. Y si a esto se le añade la suerte de que Carmen haya querido ilustrar estos recuerdos, creo que, en conjunto, se ha conseguido un "producto" que, estoy casi seguro, no defraudará a quienes se decidan a consumirlo.



ediciones 
TANTÍN